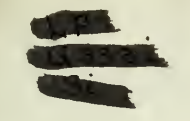

PQ
1985
G5
A688


ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN
LIBRERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
DESENGAÑO 29 MADRID


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

INES DE CASTRO.


[redacted]

INES

DE

CASTRO

Novela tomada de la Historia de Portugal

ESCRITA EN FRANCES

Stéphanie Felicite Ducres

por la Condesa de Genlis,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por don Salvador Izquierdo.

Con Licencia.

MADRID. Imprenta que fue de *Bueno*.
Abril de 1832.

INES DE CASTRO.

Las mugeres de corazon sensible y de imaginacion viva son rara vez verdaderos moralistas para con sus hijos, sus pupilos y sus discípulos, aunque sus principios é ideas sean perfectamente claros; cuanto mas encante su carácter, su talento y gracias, mas sujetas se hallan á olvidar la austeridad, ó á lo menos la circunspeccion prudente y moral en los momentos que saben son escuchadas con gusto.

Hacia veinte años que Melinda de Mendoza, retirada en un antiguo castillo de la provincia de Beira, en Portugal, y despues de haber perdido succesivamente su esposo é hija única, se ocupaba en educar á la jóven Ines, su nieta, de quien era tutora. Melinda habia pasado en la corte gran parte de su vida; pero conservando siempre costumbres puras y

principios severos que jamas habia desmentido: su hermosura y talento la adquirieron tambien brillantes sucesos. Hay pocas mugeres, á sesenta años por egemplo, que no deseen en secreto no olvidar enteramente los triunfos de que pueden acordarse y referir sin rubor. Con talento y gusto los militares antiguos y las mugeres ancianas, no alaban fuera de propósito sus glorias pasadas; pero tampoco dejan escapar ninguna ocasion de hablar de ellas naturalmente.

No en vano Melinda fué bella y discreta; la envidia, la malicia y la calumnia turbaron su tranquilidad: conocia bien todos los pesares que pueden hacer sufrir á una alma noble y sensible las injusticias, las animosidades sin causa, las intrigas de los palacios, y los amigos inconstantes ó pérfidos. Herida de los escollos que rodean en el mundo á una jóven, deseaba sínceramente inspirar á Ines el gusto de la soledad y retiro del mundo; pero al mismo tiempo que la referia los peligros, la pintaba espresivamente sus placeres. En vano aseguraba que el baile fatiga, que el teatro fastidia, que en la corte se disfruta solo de una brillante esclavitud; Ines, fijaba solo su aten-

cion en las descripciones que la encantaban y que embellecia aun mucho mas su imaginacion. Hacia mil preguntas á su abuela, y esta la referia muy por menor cuanto habia visto en las funciones á que habia asistido durante el largo tiempo de cuarenta años; no olvidando las que fueron celebradas en su obsequio, ni ménos las muchas joyas y galas que realzaban su mérito personal. Es cierto que concluia siempre su relacion asegurando á Ines que un paseo en la pradera ó en el bosquecíllo inmediato eran muy preferibles á aquellas tan vanas como ruidosas diversiones. Tenia razon; ¡pero Ines habia visto tantas praderas! y no habia asistido á ninguna funcion de la corte, ni á las fiestas de la ciudad: la repetia su abuela que el mundo es tumultuoso, frívolo y peligroso; pero lejos de asustarla escitaba cada vez mas su vivísima curiosidad. En fin, Melinda confesaba que habia presenciado funciones magníficas, fiestas estraordinarias, elegancia muy seductiva, variedad estrema de placeres y un lujo insensato, aunque maravilloso; mas la jóven Ines, que prestaba solo muy ligera atencion á las reflexiones morales y á los epitetos denigrativos, formaba ideas deliciosas de esta

despreciable frivolidad, de esta disipacion fatigosa, y del estravagante lujo, cuya pintura fijaba en su imaginacion ideas magicas y risueñas.

Ines era muy hermosa, tanto, que hacia suspirar muchas veces á su abuela, porque Melinda no podia vencer un sentimiento penoso, considerando que este rostro bello no brillaria nunca en la corte. Melinda era muy razonable para no saber cuan frívola es la hermosura; pero esta ventaja es, de todas, la mas seductora, y muy á pesar suyo se hallaba afectada con tales reflecsiones; mil veces, contemplando á Ines, y cediendo al primer movimiento de su corazon, esclamaba: ¡*Que ruido haria en el mundo rostro tan perfecto*!.. Mas luego declamaba arrepentida contra estas vanidosas palabras; decia sobre el particular cosas escelentes y lo mas singular es que las pensaba así. Pero habia hecho saber á Ines que su hermosura era incomparable. La nieta creia ya que su beldad, capaz de volver locos á muchos, produciria en la corte gran sensacion, que su abuela la contemplaba estasiada, y que por este favor con que la distinguia naturaleza, la amaba mucho mas que si su rostro hubiera si-

do menos bello. Melinda estaba muy decidida á sustraer á Ines de los peligros del gran mundo y la hermosura de su interesante nieta la afirmaba cada vez mas esta resolucion. Sin embargo cuando fijaba en ella la vista, su idea tan prudente como discreta, la enternecia dolorosamente. ¿Cuál es la muger que se halla de acuerdo siempre consigo misma? No pueden escitar un universal y súbito entusiasmo, sino con la seduccion de su hermosura, talento y gracias; las mas razonables, que desdeñan homenage tan frívolo, no dejan de admitirle sin esperimentar cierta agitacion interior; se suele prohibirlas el amor de la gloria; no se las enseña por lo comun mas que el arte de agradar, recomendándolas sobre todo no envanecerse; se observa con ellas siempre una conducta tan inconsecuente, que es muy justo perdonarlas algunos estravios. Ines aprendió de su abuela escelentes principios, y la naturaleza la habia concedido un alma sensible, un carácter lleno de candor y una dulzura inalterable. Acababa de cumplir quince años, y Melinda tenia ya 'formado un proyecto para establecerla. La destinaba para casarla con uno de sus vecinos, de mas edad que Ines,

pero todavía jóven, y tan distinguido por las gracias y solidez de su espíritu, como por su talento y virtudes, que le hacian recomendable á cuantos le conocian. Se llamaba Alfonso, habia visto nacer á Ines, y el mas tierno recuerdo se la hacia doblemente querida: aunque no tenia mas que treinta y cinco años, no habia esperimentado por ella, durante largo tiempo, sino una especie de afecto paterno; pero esta misma terneza tan pura, era el sentimiento dominante en su corazon. Melinda penetró fácilmente todo lo que pasaba en el fondo de su alma, la maternidad concede en este particular una sutileza de observacion, que jamas ha podido adquirir la coquetería. Alfonso era amable, rico y muy noble; gustaba mucho de la soledad; no iba ya casi á la corte, y pasaba la vida tranquilamente en sus posesiones: en fin, tenia dicho á Melinda, que si llegára á casarse, no llevaria nunca á su muger á Lisboa y Melinda se decidió á confiarle el destino de Ines. No obstante, la estrema juventud de esta, parecia á Alfonso muy grande obstáculo para que se cumpliesen los deseos de su corazon y no se atrevia á entregarse á ilusiones lisongeras,

reflecsionando que el matrimonio rara vez es feliz, siendo las edades desproporcionadas. Se hallaba penosamente indeciso, cuando tuvo precision de hacer un viaje á Lisboa. Partió, y dejó un gran vacío en el castillo de Melinda. Ines sentia hácia él la inclinacion que suele tenerse por un padre: sabia que habia sido el amigo mas íntimo del suyo, le respetaba, le hallaba amable, cariñoso y aunque su conversacion siempre instructiva y sólida fuese en general séria, gustaba de escucharle. Por otra parte, era un amigo de la casa, y el solo tercio que solia interrumpir la imperturbable soledad de abuela y nieta.

Volvió Alfonso al cabo de un mes, y fué recibido alegremente, lo que apreció en gran manera. Se le hicieron una multitud de preguntas sobre su viage y la corte. Melinda le interrogó sobre las gentes á la moda de su tiempo, cuyos rostros permanecian gravados en su mente lo mismo que los habia visto ántes: se admiraba cuando Alfonso la decia que uno de sus amigos ó conocidos estaba sordo; que otro se habia hecho muy devoto, y otro fastidioso y taciturno. Habló Alfonso del joven príncipe real D. Pedro, y lo hizo con suma tris-

teza. ¡Que desgracia para Portugal, decia, cuando este príncipe suba al trono! ¡Cómo¡ esclamó Melinda; me habiais dicho que es tan bizarro, tan valiente y generoso... ¡Ah! repuso Alfonso; sé sin duda que don Pedro posee prendas muy sobresalientes. Le he visto mostrar gran valor en la última guerra, cuando tenia solo diez y ocho años; hoy tiene veinte cumplidos: es liberal, franco, de carácter recto y constante en la amistad; pero todo es estremos en él; su magnificencia es verdadera prodigalidad, es imperioso y tan violento algunas veces, que toca en furioso. Se pueden citar de él tantas acciones magnánimas, como feroces. ¡Que lastima! dijo Melinda; dicen, ademas ¡que es tan gallardo!... Pero, prosiguió Melinda, una grande pasion corregiria sus vicios, y con su grande alma podria un dia reinar gloriosamente. ¿Qué muger, repuso Alfonso, podria amar á un hombre de carácter tan espantoso? Pues bien, replico Melinda con viveza; tales carácteres han solido inspirar afectos muy apasionados á mugeres sensibles y virtuosas. Nos complacemos en lograr conversiones... Pero, dijo Alfonso sonriendo amargamente, si se frustran tan ambi-

ciosas empresas... Es cierto, interrumpió Melinda reparando que Ines escuchaba muy atenta la conversacion; no hay duda que siempre es temeraria tal esperanza. Una muger verdaderamente discreta, no se interesa sino por el hombre cuyos sentimientos concuerdan con los suyos y de el que ella puede admirar, y aprobar las acciones y conducta. Melinda se halló muy satisfecha de sí misma despues de haber pronunciado gravemente estas palabras; pero Ines no la escuchaba. Melinda ignoraba que las espresiones comunes, aunque sensatas, no reparan jamas palabras imprudentes.

Esta conversacion fué para Ines un poderoso motivo de las mas peligrosas ideas. Se acordaba con particularidad que su abuela confesaba que los hombres de impetuoso carácter, violentos, arrebatados, *suelen inspirar afectos apasionados* á las mugeres *mas virtuosas*, *porque gustan mucho de convertirlos*. Concibo, decia Ines, que debe ser muy lisongero ocuparse en perfeccionar el carácter del hombre que se ama. ¡Y cuanto debe amarse al que se ha logrado corregir!..... Este pensamiento ocupaba la mente de Ines; reflexionan-

do en la dicha de egercer tan noble imperio, pensaba siempre en D. Pedro: este príncipe era el solo hombre que la habian pintado con tales colores é imágen tan terrible y la inspiraba mas admiracion que espanto. En las conversaciones con Alfonso cuando este hablaba de la corte, Ines hacia siempre algunas preguntas sobre D. Pedro; y Alfonso contó de este príncipe muchas acciones generosas que se grabaron para siempre en la memoria de Ines.

Una tarde, Melinda, queriendo aumentar la estimacion y amistad de su nieta por Alfonso, le rogó les refiriese su historia. Este relato, añadió Melinda, me renovará recuerdos dolorosos; pero Ines es ya digna de escucharle y quiero que sepa toda la delicadeza, y generosidad de vuestros sentimientos. A estas palabras, Alfonso, cediendo á las instancias de ámbas señoras, empezó en los términos siguientes:

"No hay duda que la imaginacion es uno de los dones mas apreciables de la naturaleza; ella es quien superando todas las distancias, abrazando todos los tiempos y creando todas las ficciones, sabe hermosear á su gusto el sue-

ño de la vida, sea reuniéndonos por medio del pensamiento al objeto amado de quien la suerte nos separa, sea que arrancándonos por decirlo así, al espectáculo terrible de las miserias humanas, nos haga retrogadar hácia lo pasado para ofrecernos, en medio de un siglo de hierro, la encantadora pintura de los dichosos dias de la edad de oro; la imaginacion es quien, formando de la esperanza una felicidad real, nos da el poder de ocultar al porvenir, los bienes que parece prometernos, y de cubrir con un espeso velo todos los males de que tenemos algun indicio: ella es, en fin, quien desprendiendo de la tierra las almas privilegiadas, las descubre los abismos y los tesoros de la eternidad, trasportándolas de un vuelo al pináculo de la perfeccion, de la felicidad y de la gloria. Si la virtud no alimenta esta celeste llama, puede asegurarse que no se apaga, sino que cambia de especie; se hace un fuego destructor, abrasa sin alumbrar, consume y devora. Cuando la imaginacion no se arregla con la razon y la prudencia, somos siempre, ó juguetes culpables, ó víctimas de su ardor y de sus ilusiones. Gracias á Dios que la mia no me ha he-

cho cometer ningun crímen; sin embargo, vais á ver que ha trastornado mi destino causándome grandes penas durante mi primera juventud.

» Fuí criado en una provincia, en el mismo castillo, vecino del vuestro, que habito hace diez y seis años. Tenia cinco cuando falleció mi madre, á cuya época, mi padre se encargó de la tutela del vuestro, mi querida Ines; depósito que le confió un amigo al exalar el último suspiro. Yo me acostumbré muy presto á tratar á Rodrigo de Castro como al hermano mas amado. Tenia seis años de edad mas que yo; y esta superioridad tan marcada, en la infancia sobre todo, le grangeó en mi corazon y en mi espíritu un ascendiente que conservó siempre. Era de carácter obsequioso y suave y de un alma sensible y generosa; prendas que engendraron en mí para con él una amistad íntima y apasionada que el tiempo aumentó cada vez mas, porque estaba fundada en el reconocimiento: fué para mí á un mismo tiempo, el compañero de los juegos de la niñez, el amigo mas amable y el preceptor mas verdadero. Me inspiró el gusto á la lectura y al estudio: de él es de quien he aprendi-

do la mas sólida instruccion, la que se adquiere sin el menor fastidio. Escuchaba yo con sumo gusto á un maestro, que, concluidas las lecciones, corria, saltaba, trepaba á los árboles y jugaba conmigo.

„Luego que cumplí diez y ocho años, me llevó mi padre á Lisboa, y me presentó en la corte. Despues volvimos á nuestro retiro. Rodrigo, que frecuentaba el mundo hacia ya cuatro ó cinco años, venia todos los años á pasar en nuestra sociedad una parte de la primavera y verano. Un año, á su llegada, me causó admiracion el notar en él gran melancolía: la manifestaba en todas nuestras conversaciones, y aun parecia que alteraba su salud, que me era tan cara. Le hice mil preguntas con aquel interés que inspira una tierna amistad; y me confesó que una pasion desgraciada era la causa única de su tristeza. Hacia tres meses que estaba perdidamente enamorado de una jóven á quien sus padres habian destinado ya otro esposo. Le pregunté como habia podido enamorarse de una señorita prometida ya. Lo ignoraba, me contestó. Habia oido alabar su hermosura, y concebí la funesta curiosidad de verla. Aun no frecuenta la soledad del gran

mundo; su madre no admite en su casa á los jóvenes. En fin, supe solia ir, á las siete de la mañana, á una iglesia cerca de palacio; fuí tambien; la ví, me arrodillé á su lado, y á los pies del altar en que ella misma oraba, juré no ser de otra jamas, si mi súplica fuese desechada.... He pedido su mano; me han contestado que se halla prometida á otro; no han querido ni aun verme, he perdido la esperanza: y ves en mí el hombre mas desgraciado de la tierra.

„ Tal fué la relacion de Rodrigo. Yo ignoraba lo que era amor; pero veia sufrir á mi amigo, contemplaba que era desgraciado, y sus pesares me quebrantaban el corazon. Me dijo que el objeto de su cariño se llamaba Antonia de Mendoza. Prometí á Rodrigo que suplicaria á mi padre diese aun algunos pasos en su favor, hablando á los padres de su querida. La tarde del dia que tuvimos esta conversacion me llamó el mio á su gabinete, fui y le hallé sentado junto á un bufete sobre el cual habia algunas cartas abiertas que acababa de recibir y leer. Mi padre empezó á hablarme con cierto aire solemne, que me causó admiracion. Me ordenó que le escuchase atentamen-

te, y empezó diciendo: = Mi juventud pasó en el celibato, y fué muy borrascosa. Me casé cuando habia cumplido ya cuarenta y ocho años, y mi matrimonio no fué feliz. A lo ménos quiero que mi esperiencia te sea útil. Te he educado en el retiro, decidido á no presentarte en la sociedad, sino en compañía de una esposa amable y he escogido la jóven mas bella y hermosa de Portugal. Educada en la soledad, lo mismo que tú, por la madre mas tierna y discreta de todas las madres, no conoce el mundo ni los placeres tan ruidosos como vanos de la disipacion. Su madre te ha visto y la convienes; me ha dado su palabra y yo la hecho la misma promesa. Sin embargo, obligado á volver aquí para concluir algunas disposiciones relativas á vuestro matrimonio, hemos decidido no presentarte á tu futura esposa ántes de volver á Lisboa. He concluido mis quehaceres, y partimos mañana. Despues de esta esplicacion me dijo mi padre el nombre de la jóven que Rodrigo amaba tan apasionadamente... ¡ Era Antonia de Mendoza!... Me decidí al momento á decirselo todo á mi padre, le referí toda la conversacion de Rodrigo, y quedó sorprendido. Le amaba mu-

cho; pero cuando oyó de mi boca que yo haria muy gustoso el sacrificio de mi establecimiento en su favor, se opuso altamente: yo no cedí: considerad, dije á mi padre, que Rodrigo es un amigo que me es tan querido como si fuera mi hermano; que si me caso con la que ama, le pierdo para siempre; sentimiento que me acompañará hasta la muerte: él está sumamente apasionado y yo no he visto jamas á la que ama. ¿ Podré á sangre fria arrebatarle la dicha de su vida? Su nacimiento es ilustre, su fortuna mayor que la mia, hemos recibido la misma educacion, nuestros principios son los mismos en ámbos; su padre, al morir, os ha confiado su destino, le amais, y os será muy fácil substituirle á mí en este matrimonio; es gallardo, jóven, amable y virtuoso; su edad conviene, aun mejor que la mia, á una señorita de diez y siete años. Todas estas razones hicieron titubear á mi padre y yo considerándome tan en buen camino redoble mis instancias con tanto ardor, que al fin tuve el indecible gusto de verle ceder á mis ruegos. Convenimos en que marcharia solo á Lisboa al siguiente dia al amanecer, y que hasta su vuelta no sabria nada Rodrigo de

cuanto habia pasado entre nosotros: lo prometí asi y cumplí mi palabra. Al salir del gabinete de mi padre, fui á encerrarme en mi cuarto con animo de entregarme á la lisongera idea de la felicidad que preparaba á mi amigo, esta pintura tan alagüeña que mi imaginacion se representaba con vivisimos colores me causó, debo decirlo, mas turbacion que alegría. Me aturdí considerándome tan resfriado por la dicha de mi mejor amigo y de la accion generosa que acababa de egecutar. Pasé la noche muy agitado: mis pensamientos eran aun razonables, pero no enteramente de acuerdo con la impresion del animo... Me vestí antes de amanecer y observando que los criados preparaban lo necesario para el viage de mi padre, esperimenté en mi ser una sensacion penosa. Este me preguntó si permanecia en el propósito de la vispera. Esta pregunta aumentó mi turbacion secreta, pero respondí firmemente que si. Cuando ví que mi padre entraba en la silla de posta, sentí como que se me estrechaba el corazon, y la presencia de Rodrigo me estorbaba. Como que ignoraba absolutamente el proyecto de mi matrimonio, no tenia el menor motivo de sospechar la nego-

ciacion que mi padre iba á entablar en su favor. Temia yo su conversacion.... Me hablaba solo de su amor y de las perfecciones de Antonia, cuyo nombre no pronunciaba nunca sin causarme cierta congoja que se fue haciendo mas dolorosa cada dia. Escuchaba con estremecimiento los elogios de esta hermosura encantadora y no podia creer que su retrato le embelleciese el amor, pues que mi padre me la habia pintado con los mismos colores. En fin, el lenguage del amante apasionado, sin esperanza, me hacia conocer toda la violencia de un sentimiento, cuya idea me habia sido desconocida hasta entónces .La situacion desgraciada que me pintaba Rodrigo, no era ya la suya, aunque todavía la creia tal y cuando él me confiaba lo que sufria, creia yo entreveer la triste revelacion de mi destino. Repetia interiormente: ¡Como! he desdeñado, no he admitido la mano de la muger mas hermosa que existe en Portugal! ¿De que me servirá en adelante tal idea?... y ¿como podré borrarla de la imaginacion? Pregunté á Rodrigo si el dia que habia visto en la iglesia á la que amaba, pudo obtener una mirada siquiera, y me contestó que oraba tan fervorosamente que

nada pudo distraerla y que estaba cierto que no habia reparado en él. Esta contestacion me satisfizo, pues me aseguraba que Rodrigo no habia podido producir la mas ligera impresion en el corazon de Antonia. El tormento interior que yo sufria se aumentó de tal modo, que me estremecia pensando en la vuelta de mi padre. Llegó al cabo de quince dias, y salimos á su encuentro. Me hallaba tan oprimido, que me fué imposible proferir ni una sola palabra. Mi padre nos llevó á la sala y allí en mi presencia refirió á Rodrigo todo lo que yo habia hecho por él, concluyendo por anunciarle que el cambio habia sido aceptado, que se celebraria el desposorio dentro de tres semanas y que partiriamos á Lisboa el dia siguiente. Rodrigo, fuera de sí, se arrojó á mis brazos transportado de alegría y de reconocimiento, tanto que suspendió por algunos instantes mi original locura. ¡Quien puede ser insensible á la gratitud apasionada de un amigo, á los elogios de un tierno padre y á la gloria de representar un papel tan generoso! Mas en cuanto me hallé solo, volví á recaer en mi debilidad. El enagenamiento de Rodrigo me representaba la idea de una felicidad

que seducia igualmente á mi corazon y á mi imaginacion estraordinaria. Por conservar un amigo, me decia á mí mismo, me he negado á unir mi suerte á la de una persona tan completa de sentimientos, gracias y hermosura y ¡ sin embargo de mi sacrificio, pierdo este amigo! ¡Como he de poder soportar la presencia de su esposa!... Debo huir... Viajaré hasta el momento en que se halle restablecida mi razon y tranquilidad. Me resolví á ello y á no asistir á la boda. Busqué y hallé un pretesto muy sencillo. Dije á mi padre y á Rodrigo, que habiendo desechado la mano de Antonia y propuesto el cambio con mi amigo, no era delicado, ni debia presentarme en la boda sin susufrir mi amor propio cierto embarazo. Crei combatiria mi idea, pero muy al contrario alabó mi discreccion y la aprobó con tal prontitud, que me ofendió interiormente, porque pasaban en todo mi ser cosas inesplicables, desde que desgraciadamente me habia abandonado á los zelos.

»Mi padre y Rodrigo partieron y yo quedé solo en este castillo, que fué para mí un verdadero desierto de la Tebaida. Estábamos en los últimos dias de otoño, y la tristeza de

la estacion se semejaba mucho al estado en que se hallaba mi alma. El castillo está situado á la orilla del mar y las borrascas tan frecuentes en esta época del año, producian en mi espíritu agitado una impresion muy dificil de demostrar; creia yo ver tempestades por la primera vez de mi vida y me parecia revuelta toda la naturaleza. Este horroroso desórden, pintando el de mis pensamientos y sensaciones, le aumentaba mucho mas todavia; y sin embargo, un encanto indefinible me retenia en esta contemplacion. Vagaba en las largas galerìas del castillo ó en el parque; escuchaba conmovido el mugido de las olas, el silvido del viento, que formaba agudísimos sonidos ó gemidos lamentables por entre las almenas de las torrecillas antiguas y de las viejas hendiduras, y el ruido de las hojas secas de los árboles que dejaba caer y pisaba marchando... La tristeza me embriagaba, para adquirir el derecho de quejarme. Me acordaba con pena que Rodrigo no habia mostrado deseos de que le acompañase, ni pesar de dejarme solo, y le acusaba de ingratitud... Descontento de él, y sobre todo de mí mismo, pasé ocho dias en un estado de inesplicable abati-

miento y melancolía. Me parecia que el Universo entero me habia olvidado. Tenia siempre delante de mì un objeto encantador, un ser perfecto á quien prodigaba toda suerte de admiracion; sabia yo que sus cabellos eran rubios y muy abundantes, ojos negros, grandes y muy espresivos, largas pestañas... Me habian pintado sus hermosas facciones, color y elegancia de talle; de modo que no me quedaba que crear en mi mente sino la fisonomía; me la figuraba celeste, maravillosa... Esta imágen divina me perseguia por todas partes y vos sola en el mundo, cara Ines mia, podeis retratármela... En fin, recibí cartas de Lisboa, por las que supe que mi amigo era el mas feliz de los hombres. Asi fué como se efectuó el enlace de Rodrigo de Castro con la hija única de Melinda; con la que habia de ser vuestra madre... Me escribió Rodrigo entusiasmado con el tesoro que poseia, y esta carta acabó de perturbar mi juicio... Me decia mi padre que una leve indisposicion le tendria en Lisboa algunos dias y que despues volveria á sus posesiones para pasar aun seis semanas en mi compañía. Pero al dia siguiente llegó un correo con la noticia de que mi tierno padre estaba grave-

mente enfermo, y que me esperaba por instantes. No pensé mas que en partir y marché inmediatamente con el corazon muy oprimido. A mi llegada encontré al enfermo muy agrabado, y me dijo que Rodrigo, durante mi ausencia, no se habia apartado un instante de la cabecera de la cama. Hablamos solo de la inquietud que nos daba la situacion de mi padre y se mezclaron nuestras lágrimas. Rodrigo participaba de mi dolor y en los primeros momentos no veia yo en él sino el hermano mas tierno. Exigí que se fuese á descansar y me encerré en la alcoba de mi padre. Pasó la noche con bastante tranquilidad y al otro dia por la mañana le hallaron los médicos muy aliviado, tanto, que empecé á concebir la dulce esperanza de verle restablecido. Al anochecer se empeñó mi padre en que me retirase á tomar algun descanso. Me eché en la cama; pero no pude dormir por mas que hice y me levanté antes de media noche: atravesé dos antecámaras y un gabinete que precedian á la alcoba en donde se hallaba mi padre y que en el acto estaba poco alumbrada aunque habia dos bugías encendidas en el gabinete, cuya puerta se hallaba abierta. Cuando llegué á la

mitad de la pieza, reparé en el umbral de la puerta el perfil de la sombra de una muger jóven. No pude desconocerla, pues representaba un rostro celestial... Al mismo tiempo oigo que una voz suavísima pronunciaba estas palabras: son las doce... Retrocedi esclamando: Ella es... En efecto era Antonia. Volví precipitadamente á mi cuarto y previne á los criados que si me llamaban dijesen que dormia profundamente. Esta vision, esta sombra angélica debia grabarse en mi mente para siempre... Conocia en fin la fisonomía de tan adorado objeto, desconocida para mí hasta entonces. No era ya en mi memoria una beldad ideal: la habia visto de perfil solamente, pero me era sumamente fácil colorear esta sombra encantadora; y representármela bajó todos aspectos. Habia oido el eco de su voz melodiosa. Las ideas, fijándose en una imágen invariable, aumentaban en mi corazon una pasion tan rara como violenta... Oí que salia un coche de casa, y cougeturé que seria el de Rodrigo y su esposa que se retiraban á la suya. No me engañé y cuando estuve cierto de ello volvi á la habitacion de mi padre: le hallé tan tranquilo que le creí ya fuera de peligro. Me sen-

té en el sitial á la cabecera de su cama, y al momento senti un olor delicadísimo que embalsamaba el sitial en que me habia sentado. Este perfume hizo palpitar mi corazon; descubria quien era la persona que acababa de ocuparle. Miraba por todas partes y me parecia que todo me repetia su imagen idolatrada; creia ver aun delante de mí esta sombra fugitiva... La oia decir: son las doce... Quedé tan embebecido y tan absorto que no volví en mi ser natural hasta despues de dos horas. En fin, mi padre fué quien me sacó del extasis, mandándome ir á acostar. Obedecí; pero al cabo de algunas horas vinieron á despertarme. ¡Mi padre se moria!... Desesperado con tan repentino acontecimiento, envié á buscar á Rodrigo, que vino inmediatamente. Todos nuestros cuidados fueron inútiles, y dos horas despues falleció mi virtuoso padre. ¡Espiró en nuestros brazos, y quedé huérfano á la edad de diez y ocho años! Rodrigo no se apartó de mi lado en los primeros momentos de mi justo dolor; y en cuanto se efectuaron los funerales de mi padre partí precipitadamente sin despedirme de mi amigo; me encerré en el castillo en que me habia criado, y desde allí escribí á Rodri-

go que deseaba permanecer por algun tiempo en absoluto retiro. Pasé tres meses en la mas profunda tristeza, la que sirvió solo para aumentar la pena que me devoraba. No buscaba mas distraccion en el dolor que me consumia, sino fortificar mas y mas en todo mi ser la pasion que me dominaba. Vertia lágrimas amargas, siendo tan digno de compasion por los sentimientos que me dictaba la naturaleza, como por los de la amistad y el amor. ¡Cuántas veces crei ser el hombre mas desgraciado de la tierra! Lo era en efecto. Buenos consejos, lenguage persuasivo, la compasiva razon y ocupaciones útiles y contínuas, hubieran podido sacarme de tan triste estado; pero lejos de confiar mi locura á alguna persona prudente y sensata, la ocultaba en mí mismo escrupulosamente; nadie pudo sospecharla y con el fin de entregarme á ella cada vez mas, vivia en la mas absoluta ociosidad. Sin embargo, no me hallaba en estado de vegetacion; muy al contrario, cada dia se aumentaba por grados la exaltacion de mi mente entregándome á la pereza esterior para emplear toda la actividad de mi espíritu, y toda la fuerza de mi imaginacion en crearme quimeras; en fijar y reali-

zar una sombra, adornándola de todos los encantos; en infundirla un alma... Bajaba todas las noches, á las once al parque, y con el mayor estremecimiento esperaba allí que diese la hora en que habia recogido mi oido las palabras de son las doce; creia oir repetir mil veces esta voz armoniosa y tierna. Una noche que me interné mas que de costumbre hasta un parage á que no solia llegar porque se hallaba al estremo del parque, me encontré en una profunda obscuridad, pero se distinguia mas lejos un jardin que la luna hacia contrastar sensiblemente con el parage en que me hallaba: entónces se me representó el gabinete sombrío por donde yo habia pasado en la última noche de la vida de mi padre, y la aparicion de la figura angelica... Este recuerdo me hizo derramar muchas lágrimas. Seguí andando hácia el jardin, y el suave perfume que exalaban las flores me renovó igualmente el del embalsamado sitial. En el mismo instante oí que la campana del reloj del castillo daba las doce... Doy algunos pasos; llego al fin de la calle de árboles, y de repente mi turbacion se hizo inesplicable. Nò es ilusion... nó... reconozco, distingo, veo perfectamente el perfil griego,

las delicadas facciones, el talle de la ninfa; en fin la sombra entera de aquella persona encantadora. Quiero precipitarme hácia ella, alcanzarla... ¡Pero huye de mí!... Ella es; no es prestigio de la imaginacion, porque se me aparece en nueva actitud; su cuerpo aéreo, inclinándose escapa de mí como evitándome; uno solo de sus pies toca en la tierra casi imperceptiblemente; corre, se apresura á saltar por encima de la pradera esmaltada... No puedo seguirla; me faltan las fuerzas, se me suspende el aliento, y mis ojos brotando lágrimas se cubren de una densa nube. Caí desfallecido al pie de un árbol; permanecí así mas de dos horas y cuando la frescura del rocío de la venidera aurora me hizo volver en mí, me hallé rodeado de un antiguo ayuda de cámara que me habia criado y de otros cuatro criados que inquietos de mi ausencia, me buscaban por todas partes trayendo en sus manos hachas encendidas. Entonces, con la claridad de las luces, se deshizo el error que me habia causado tan víolenta impresion: era pues la sombra de una estatua de Atlante, colocada á lo último del parque, á la entrada del jardin. Como tenia por costumbre no pasearme en él, olvidé

la estatua que no habia mirado sino al pasar y con distraccion.

„No obstante, mi salud se alteraba visiblemente, me decidí á viajar y emprendí el viage á Francia. Pasé casi un año en aquel reino sin recobrar la tranquilidad, y sin que mi razon se diese á partido. Recibia á menudo cartas de Rodrigo, y al cabo de algunos meses me causaron vivísima inquietud. Antonia, que llevaba en el seno una prenda de su amor, sufria mucho y se hallaba en estado de la mayor languidez y deterioro. Tan triste noticia me recordó el Portugal y me restitui á él poco tiempo despues. Habia pasado diez meses en pais estrangero, y llegué á Lisboa en setiembre. Advertí de mi llegada á Rodrigo: pero ¡ cual fué mi sorpresa cuando supe que Antonia, que el dia anterior habia dado á luz una niña, se hallaba en los últimos momentos. Al llegar aquí, paró Alfonso su relacion; observando que Melinda derramaba abundantes lágrimas. Quiso terminar entonces, pero Melinda le rogó continuase, y él lo hizo en estos términos.

„Mi imaginacion se hallaba tan preocupada al entrar en casa de Rodrigo, que sin re-

conocer sus criados, sin contestarles, sin hacerme anunciar, entré precipitadamente en esta casa afligida... Trepé la escalera y pasé por dos antecámaras... Cuanto mas me adelantaba mas se iba deteniendo el movimiento de mi cuerpo temblaban mis piernas y desfallecian; me estremezco, titubeo... Me parece que se me yela la sangre y que cesa repentinamente de circular por mis venas... Me decia á mí mismo, horrorizado; ¿que he venido á buscar? que hallaré?... Solo la desesperacion y la muerte. Me abandonó el valor luego que empecé á oir gemidos. Reconocí la voz de Rodrigo... En este instante solo pensé en llorar y morir con él... Entro en la alcoba fatal... Anochecia y estaban corridas las cortinas de modo que la obscuridad permitia apénas distinguir los objetos confusamente... Reparé, horrorizado, que se llevaban á Rodrigo y á Melinda á otra pieza, cuya puerta estaba en frente de por la que yo acababa de entrar. Este grupo de personas bañadas en llanto iba precedido de criados. Luego que llegaron á una sala inmediata en la que habian encendido algunas bugías, quedó á obscuras la pieza en que yo me hallaba. Quiero seguir á los demas, quiero llamar

á Rodrigo... Se estingue la voz en mis labios helados; un poder invisible me detiene y fija en este paraje... En el momento qne salieron de aquella estancia todos los que estaban en ella para pasar á otra, cerraron la puerta, y me hallé solo, á obscuras, en esta triste y lúgubre alcoba que habitaba la muerte. Sin embargo, hizo un esfuerzo mi razon y aunque titubeando, dí algunos pasos... Tropiezo y caigo de rodillas á los pies de una cama... ¡ Ay de mí! no podia ignorar que yacia en ella sumergido en sueño eterno el objeto mas terrible y tierno... Mis lágrimas corrieron en fin abundantemente... ¡ Ah ¡ esclamé sofocado de sollozos; ¡he aquí el tremendo, el solo momento que mi deplorable amor debia tener en presencia del objeto de mis desvelos! ¡O tú, cuya vida entera, tan pura ha sido perdida para mí y que no has pasado tan rápidamente sobre la tierra sino para dejar impresa la traza brillante de la perfeccion humana!... Mis tristes ojos han visto solo tu sombra; mis oidos no han percibido mas que un acento de tu voz angélica y ninguna otra armonía puede ya penetrar en mi pecho, ninguna otra hermosura podrá sorprenderle ni encantarle! No debia

pasar algunos instantes cerca de tí, sino despues de haber perdido toda esperanza de escucharte y de contemplar una sola de tus miradas !...

„ Gimiendo así, vertia un torrente de lágrimas. En el mismo instante abrieron una puerta y entró un eclesiastico venerable con dos velas encendidas. Le seguian muchos criados y uno de ellos que me conocia, me nombró. El sacerdote se adelantó gravemente y puso las velas en dos candeleros al pie de la cama. Esta claridad fúnebre me hizo ver y contemplar por la primera vez, entre las sombras de la muerte, el objeto desgraciado de tanto amor y de tantos pesares. Contemplando estasiado y con gran estupor esta hermosura perfecta que habia respetado la muerte, no lloraba por el horror de sobrevivirla; léjos de suponerlo así, me parecia imposible dejar de descender al sepulcro en su compañía.....

„ Sin embargo, el ecclesiástico aproximándose á mí, me invitó á pasar al cuarto inmediato. Creí concluida mi carrera, pues que en idea habia renunciado á todo, aun á la voluntad: le obedecí sin responderle; salí y me

siguió y cuando nos hallamos solos en la pieza inmediata, me paró dirigiendome las siguientes palabras. El angel que todos lloramos, aquella preciosa criatura cuya mano no se cerraba nunca á los pobres y que muy lejos de envanecerse con las alabanzas mundanas, no hizo caso nunca sino del testimonio de su conciencia; esta muger tan piadosa y tan pura, poco antes de morir, de lo que tenia ya algun presentimiento, me encargó, señor D. Alfonso, que si Dios disponia de su vida, llevándola para sí, os llamase y rogase de su parte en nombre de nuestra santa religion y de la humanidad, que no abandoneis á su esposo en los primeros dias de su dolor y que le persuadiéseis, si ella daba á luz una niña que confie su educacion á la respetable Melinda de Mendoza. Sí, padre mio, esclamé llorando amargamente, sí, viviré para obedecerla... El sacerdote, sorprendido, me miró fijamente, suspiró y sin responder, me dejó. Caí en un sitial, repitiendo con delirio y desgarrándoseme el corazon: ¡ Me ha hecho llamar ! ha pronunciado mi nombre!... me ha dado una prueba de confianza intima !... En fin, vinieron á buscarme de parte de Rodrigo y hallé á este des-

graciado poseido de tal desesperacion, que suspendió en mí la sensacion de mis penas propias. Fijó en mí sus ojos y conoció facilmente en mi rostro alterado á que punto me hallaba afectado. No atribuyéndolo mas que á la amistad íntima que le profesaba, me abrió sus brazos, le estreché entre los mios y ambos corazones palpitaban con la mayor fuerza. No me faltaron remordimientos escuchando las tiernas palabras con que me demostraba su agradecimiento. ¡ Ay de mí! demasiado habia yo envidiado su felicidad. ¡ Pero cuanto se aumentaba en este instante, considerándole tan desgraciado! ¡ Que no hubiera hecho para consolarle! no solo porque le amaba de veras, sino porque Antonia le confiaba á mi cuidado! La simpatía de un igual dolor nos unió el uno al otro mas que nunca: no le dejaba un instante siquiera. Fué tal el sentimiento que le causó la pérdida de su celeste esposa, que cayó enfermo con calentura; fué creciendo la enfermedad y le atacaron fuertes convulsiones que nos dieron mucho cuidado: pasé cinco dias y cinco noches sin apartarme de la cabecera de su cama y tuve el consuelo de presenciar su mejoría; cuando se halló ya fuera de peligro,

exigió de mí y accedí muy gustoso, que viniese á vivir con él en su misma casa; lo que me proporcionó cuidarle con mas esmero durante la convalecencia, pero su mal era incurable; habia recibido una herida mortal y ningun socorro humano era capaz de cicatrizar. Fuí una mañana á buscar á su niña, que no habia querido ver hasta entónces, tomé en mis brazos á esta inocente criatura venida al mundo á costa de la vida de su madre.... Erais vos, querida Ines mia. ¡ Quien espresaria las sensaciones de mi corazon teniéndoos en mis brazos!... ¡de este corazon que debiais un dia consolar y ocupar!... Aquí se enterneció Alfonso y calló por algunos instantes... Melinda se enjugó los ojos, é Ines se puso encendida y bajó los suyos. Alfonso continuó diciendo: os llevé á los brazos de vuestro padre. Al veros, se estremeció. ¡ Ay! dijo; ¡ como se parece á su madre!... Si me fuera posible vivir, creo que mi hija podria un dia suavizar el rigor de mi funesto destino.... Desde entónces quiso veros todos los dias; pero el amor paterno no pudo aliviar su dolor. No podia separarse de mí un instante siquiera y ambos llorábamos sin cesar. La compasion, la amistad, la volun-

tad última de Antonia, todo unia tanto mi suerte con la del desgraciado Rodrigo, que me ocupaba mucho menos de mis penas que de las suyas; no concibiendo como era posible no haber sido feliz contemplando la dicha que llegó á disfrutar Rodrigo. Cuando ella vivia: me decia yo á mi mismo, mi amigo era el hombre mas afortunado del mundo y siéndolo realmente, ¿como pude yo creerme el mas desgraciado? No he podido disfrutar ni un solo instante de uno de los goces mas verdaderos de la vida, que es el de hacer por la amistad un sacrificio generoso. He perdido todo el fruto de una buena accion, para entregarme inconsideradamente al estravío mas inescusable. ¡Qué castigado estoy de mi culpable egoismo! debo sufrir al mismo tiempo mis terribles pesares y los de mí amigo.... Así era como justos remordimientos agrababan mis penas sin consuelo.

»Rodrigo se debilitó tanto, que llegó á no poder salir de su cuarto; lo que llamaban su convalecencia, era verdadera enfermedad de languidez que debia concluir con su existencia. Yo no me apartaba de él sino para ir alguna vez á pasar una hora en casa de una señora

viuda, jóven, que habia sido amiga íntima de la desgraciada Antonia, la condesa de Nava. Su afliccion viva y profunda ganó toda mi confianza. Tenia gran necesidad de abrir mi corazon y un dia que la condesa me preguntaba con mas interés que de costumbre, la referí sin ocultar nada toda mi historia. Oyendo mi relato la admiracion y la piedad se pintaban succesivamente en su semblante, y cuando concluí, elevó los ojos al cielo diciendo: ¡Oh destino cruel y estraordinario!.. esclamó tan espresivamente que escitó mi admiracion. La hice varias preguntas y reusó responderme; pero su aire misterioso redobló mi inquietud y curiosidad. En fin, cediendo á mis instancias, prorrumpió diciendo: ¡Desgraciado!... ¡Antonia os habia visto, os conocia... os amaba!... Estas palabras me aterraron. Cuando las pronunció me hallaba de pie, y caí en un sitial; quedé petrificado, pálido, helado, inmovil... La condesa asustada, me hablaba en vano; no me hallaba en estado de escucharla. Las palabras que acababa de pronunciar resonaban en mi oido de un modo terrible y ninguna otra cosa podia hacer efecto en mis órganos; si la casa se hubiera desplomado creo que no la

hubiera oido en aquellos instantes. Abrió una ventana, me hizo respirar éter y poco á poco fui volviendo en mi ser. Entonces empecé á reflexionar y á dudar de esta nueva desgracia, la mayor que pudiera sobrevenirme. Pedí, exigí pormenores, pruebas y la condesa, tomando la palabra me dijo: sabeis que cuando vinisteis la primera vez á Lisboa con vuestro padre, negoció este vuestro matrimonio con la desdichada Antonia. Como tenia aun algunos negocios que arreglar, se convino que hasta que vuestro padre volviese, ignorariais, é igualmente Antonia, este contrato; pero su desgracia le descubrió sin que su madre lo supiese y por no comprometer á los que la revelaron el secreto, guardó silencio, y fingió con su madre no tener sospecha alguna de lo que querian ocultarla. Mientras permanecisteis en Lisboa, vuestro padre, amigo de los mios, os trajo dos ó tres veces á mi casa. Melinda, cuyo hermano era ministro, solicitaba para mí en aquel tiempo una gracia de la corte, que yo deseaba mucho. Una tarde, al anochecer, recibió Melinda un pliego del ministerio con el decreto de la gracia que yo esperaba, y no pudo venir á darme la noticia en el

instante. Antonia la instó tanto para que su madre la confiase esta agradable comision, que Melinda consintió en ello muy gustosa, sin embargo de que su hija no salia nunca de casa sino en su compañía, y que no la presentaba aun en la sociedad. Antonia se apresuró á venir y yo me hallaba tan ocupada de lo que tenia que decirme, que no pense en hacer advertir al portero que no recibiria aquella tarde. Al cabo de un cuarto de hora de nuestra agradable conversacion, oimos el ruido de un coche que entraba en el patio. Entonces me acordé que debiais venir á despediros y se lo dije á Antonia nombrandoos. Se turbóestraordinariamente y yo lo atribuí al reparo que tendria de hallarse sin su madre y en presencia de un joven. Me dijo que no queria ni aun encontraros al salir. Se dirigió precipitadamente hácia la puerta de una pieza inmediata para bajar por una escalera interior, pero hallamos que esta puerta estaba cerrada por fuera. Os oiamos entrar ya por la antecámara y no hallando Antonia otro modo de ocultarse, lo hizo detras del cortinage de una de las ventanas de mi gabinete. Os anunciaron en el mismo instante y entrasteis... Os acordareis que vues-

tra conversacion duró mas de media hora y que hablasteis mucho de vuestro padre, alabando sus virtudes y ensalzando el respeto y cariño que le teniais. Antonia os veia y escuchaba... Os fuisteis y descorrí la cortina que ocultaba á la tímida jóven. Su rostro alterado espresaba demasiado lo que pasaba en su corazon y yo la rogué me confiase sus sentimientos. Entonces me descubrió el secreto confesando que la eleccion de su madre correspondia enteramente con la que hubiera hecho ella misma si la hubiesen consultado sobre el particular. Me habeis obligado, continuo la condesa, á descubriros mi secreto. No os arrepintais, dije, interrumpiéndola. Jamas amaré otra muger, á lo menos asi lo creia entonces, y nunca podré consolarme de su pérdida. Sin embargo, la idea de que se entendian nuestras almas no dejaba de agradarme. No agraveis vuestras penas, repuso la condesa, persuadiéndoos que esta inclinacion desgraciada pueda influir funestamente en el curso de vuestra vida. No hay duda que sintió entrañablemente que hubieseis cedido su mano á vuestro amigo: acostumbrada á obedecer, se casó con Rodrigo, sin mas esplicacion ni queja: ¡ el deber imperaba

tanto en su alma! Rodrigo es tan virtuoso, posee prendas tan estimables, que no fué dificil adquirir de su esposa el mas sincero cariño.

» Despues de esta conversacion con la condesa, que completó los tormentos secretos de mi corazon, me despedí y volví en casa de Rodrigo. Mis facciones estaban tan cambiadas, que en cuanto me vio reparó en mi abatimiento y me preguntó la causa. Respondí con tal embarazo, que conoció que disfrazaba la verdad. Imaginó que me habia enamorado de la condesa de Nava, y que esta señora habria acogido mal mi declaracion. Le aseguré que se engañaba. Despues no me pesó que se obstinase en creer este error, pues le impediria descubrir una verdad que estaba resuelto á no decirle jamas.

» Pasé toda aquella noche sumamente agitado y repitiendo á cada instante: ¡me amaba!.. el corazon se me partia. Ya muy entrado el dia, despertó Rodrigo y aun no habia podido quedarme dormido todavía. Me vesti y fui á su cuarto. Hasta entonces, siempre que me hablaba de sus penas, le habia escuchado compasivo y envidioso al mismo tiempo; creí siempre que habia disfrutado la felicidad del

amor recíproco; pero en la actualidad que ya no lo creia así, derramaba lágrimas escuchándole, aunque con menos amargura. Me dijo que no habia tenido aun valor para penetrar en un gabinete en donde se hallaba el retrato de cuerpo entero, sumamente parecido, perfecto... Id á verle, añadio, y podreis considerar hasta que punto puede llegar mi martirio... A estas palabras entregándome la llave, sentí que todos los miembros de mi cuerpo se estremecian... Al entrar en el fatal gabinete crei descender al sepulcro. ¡Pero cual me quedé contemplando el cuadro admirable! al fijar mis ojos llenos de lágrimas en aquel rostro divino lleno de vida, de frescura y de espresion angélica! ¡Aquel rostro encantador que me sonreia!... Habia yo esperimentado en mi existencia un trastorno menos espantoso viendo realmente esta persona adorada, cubierta de las sombras de la muerte; entonces á lo menos se hallaba todo de acuerdo con mi dolor y pensamientos fúnebres... ¡Mas como sufrir las miradas de la beldad encantadora con todo el brillo de su juventud! de la que me habia amado, á la que veian mis ojos por la primera vez adornada de todos sus atractivos y gracias, y

que ya no existia! me estremecí contemplándola, y la admiracion que me causaba fué un nuevo suplicio que con todo mi valor y resolucion era incapaz de sufrir: veia la imágen de una felicidad suprema que yo habia desdeñado y de que me hallaba privado para siempre. Vinieron á sacarme de este estasis peligroso. Me llamaba Rodrigo y lloramos juntos todo el resto del dia. Era el único consuelo que podia yo ofrecerle y en que yo mismo me complacia.

»La salud de mi tierno amigo no se restablecia y la mia se deterioraba visiblemente: parecia que mi vida se iba consumiendo del mismo modo que la de mi desdichado amigo. Quiso que me casára con la condesa de Nava; pero mi obstinada resistencia le convenció al fin de que se habia equivocado en su concepto. Nos mandaron los medicos salir de Lisboa é ir á respirar el aire libre del campo: Rodrigo me dijo que queria morir donde nos habiamos criado: consiento en ello, le contesté; te restablecerás allì ó concluirán nuestros dias al mismo tiempo. A estas palabras me apretó la mano, mostrando tal agradecimiento á lo que él llamaba mi perfecta amistad, que no puede

resistir los remordimientos que me causaba tan no merecido entusiasmo y le abrí mi corazon dolorido, enternecido de sus sufrimientos y al mismo tiempo con sumo pesar de no haber podido con mi sacrificio labrar para siempre la dicha de mi dignísimo amigo. Se lo dige todo escepto lo que me refirió la condesa. Me escuchó sumamente enternecido y esclamo diciendo: Alfonso, tu sacrificio ha sido mil veces aun mas generoso de lo que yo podia imaginar nunca. Nuestro rivalidad se ha enterrado con ella en el sepulcro; ahora nuestro funesto amor es solo pasion sin esperanza, que nos identifica al uno con el otro: nuestras almas estan unidas con el mismo dolor, nos quejaremos mútuamente de nuestro destino mientras existamos y padezcamos de la misma pena; desde este mismo instante es cuando puedo asegurar, sin engañarme, que eres otro yo mismo. Rodrigo se espresaba con la mayor sinceridad y nuestra amistad íntima se exaltó de tal modo, que hubiera podido consolarnos; pero ¡ ay ! ¡ la muerte rondaba al rededor del viudo inconsolable! No le engañó su deplorable estado; os confió al cuidado de Melinda que se habia fijado en nuestra vecindad y se ocupó únicamen-

te de prepararme á su fallecimiento. La inquietud que me causaba su situacion crítica, acabó de destruir mi salud y muy luego parecia tan enfermo como el. Una tarde, en los últimos dias del mes de mayo, nos paseábamos en el parque y recorriamos muy despacio todos los sitios en que pasamos los dias tan felices de nuestra vida; mirándonos uno á otro y reparando la mella que los pesares habian causado en nuestras facciones alteradas, no podiamos creer que nos hallábamos aun en la edad florida de la juventud. ¡Ay, amigo mio! me dijo Rodrigo, ¡como envegecen el dolor y las pasiones, aun cuando no produzcan criminales estravios! Estos parages nos retratan la tranquila inocencia y las sencillas diversiones de que gozábamos y que se me figuran tan lejos de nosotros como si fuésemos ya decrépitos. ¡Oh que largo tiempo se ha vivido cuando se han sufrido todas las penas que afligen el corazon! La tempestad ha marchitado la primavera de nuestra juventud; pero la razon podría todavia volverte la tranquilidad de espíritu y hacerte disfrutar de la felicidad todo el resto de tu vida! No, le contesté, repara este árbol, considera como el viento ha secado sus

flores; ya no dará fruto. Cuando yo pronunciaba estas palabras nos hallábamos en frente de aquella estatua de Atlante, cuya sombra me habia causado tan estraña ilusion; me acordé de este acontecimiento y me estremecí: Rodrigo lo reparó y me preguntó: nos sentamos en un banco frente por frente de la sombria calle de árboles y le conté la singular escena. Esta ocurrencia hizo mucha impresion en su cabeza ya tan débil; me escuchaba con la mayor agitacion y me interrumpió diciendo: te engañaste, no fue su sombra, entonces existia... pero ahora dirige tus miradas hácia esa obscura alameda y me apretó la mano fuertemente. Me estremecí, quede inmovil, yerto... ¿La ves? ¿la ves? continuó sollozando: se aproxima... ¡aquí está!... ¡Dios mio! ¡que palidez!... ¡que miradas... A estas palabras, agitado de convulsiones terribles cayó en mis brazos casi desmayado. Llamé á los criados que nos seguian siempre en nuestros paseos sentimentales; llevaron á Rodrigo al castillo y le metieron en la cama: estaba fuera de si y aun yo mismo me hallaba tan indispuesto, que mandé colocar una cama junto á la suya y me acosté á su lado, creyendo que nuestro terrible destino con-

cluiria al mismo tiempo. Un médico que nos habia seguido me declaró que Rodrigo estaba muy de peligro. Deliró toda la noche ; en fin al amanecer del dia mas funesto de mi vida, recobró todo su conocimiento ; más conservándole, cayó pocas horas despues en larga agonia. ¡ Dedicó los últimos instantes de su vida, con valor verdaderamente heróico á la religion y á la amistad! Apretaba yo su mano entre las mias, sufria con él y me creia pronto y dispuesto á seguirle; hice rezar las oraciones de los agonizantes con ánimo de que nos sirviesen á ambos, respondiendo yo con voz tan apagada como la del moribundo ; ¡ sufria tanto! y lo mismo que el sufria sentia yo; ¡ el mismo sepulcro parecia abrirse para recibirnos á ambos en su seno! Apoyado de un amigo tan de corazon, me sepultaba sin horror ; su opresion me impedia respirar libremente ; su debilidad me aniquilaba y cuando exaló el último suspiro creí evalar el mio : ¡ se trastornaron todos mis sentidos estrechando contra mi corazon su mano inmovil y helada! Los cuidados de la generosa Melinda me hicieron recobrar la razon. Cuando Rodrigo vino conmigo á mi castillo con la intencion de fijarse en el, Melinda

compró esta posesion vecina á la mia, con el objeto de educarnos en ella, mi querida Ines, á la vista de vuestro padre: en fin, os ví crecer, recogí vuestras primeras palabras, admiré los progresos que hacian vuestra razon y vuestra hermosura; que me trazaban los de un objeto adorado. Nuestra niñez proporcionó aun á mi juventud dias felices, y dulces sensaciones. Concebí por vos toda la terneza que tuve á vuestros desgraciados padres; me consolé sin cambiar."

Así fue como Alfonso concluyó de contar su deplorable historia, y vió con sumo enternecimiento dos perlas que se escaparon de los ojos bajos de Ines.

Esta relacion la afligió mucho pero hizo en sn corazon impresion muy diversa de la que Melinda esperaba. La confidencia de las desgracias de Alfonso aumentó la estimacion y amistad que le profesaba; pero lo que mas la sorprendió fue este amor novelesco por un objeto desconocido. El virtuoso, el tan prudente Alfonso, era la prueba mas convincente de que podia existir tal pasion. Estas reflexiones la hicieron volver á pensar en don Pedro, en est jeóven príncipe, tan violento, tan impe-

tuoso pero al mismo tiempo tan gallardo y generoso, cuyos defectos aseguraba Melinda que podria corregirlos el amor. Ines, conociendo su locura, limitó sin embargo sus pretensiones y proyectos, como suele suceder siempre cuando la imaginacion se entrega á ilusiones peligrosas, con objeto de representárselos á sí misma menos desatinados y para disminuir en su idea los obstáculos que tenia que vencer. Ines no aspiraba al trono; queria solo amar secretamente, ir á la corte, conocer á don Pedro, ganar su corazon, resistirle y ocultarle eternamente sus sentimientos, ser su guia, someter su caracter, perfeccionar sus grandes cualidades é inspirarle las que le faltasen aun cultivar. ¡Qué gloria para ella y sobre todo para el Portugal! Con la imaginacion mas exaltada, tenia Ines principios virtuosos y una alma noble y pura. A pesar de su inesperiencia, sabia que la política sola daria una esposa al príncipe real: la idea de una amistad criminal la horrorizaba; se decidia á no casarse nunca y á entregarse á una pasion desgraciada, que ocultaria siempre con el cuidado mas escrupuloso; formaba este proyecto con sinceridad perfecta; ignoraba que es muy posible triunfar de

una pasion combatiéndola de buena fé; pero que entregarse á ella en secreto, es ceder y que entonces es ya imposible ó sumamente dificil ocultarla, porque todo hace traicion. Una sola cosa hallaba dificil Ines que era decidir á Melinda á que la presentase en la corte y aun que la llevase á Lisboa. Pero se linsongeaba de que á fuerza de reflexionar hallaria el medio de convencerla. Los sentimientos de Alfonso la causaban tambien cierta inquietud vaga; sin embargo, se repetia á sí misma, era imposible que tuviese por ella una pasion estraordinaria habiendo estado tan enamorado de su madre; le parecia viejo; queria persuadirse que no podria inspirarle mas que afecto paternal y procuraba en todas ocasiones manifestarle el respeto y cariño filial.

No obstante, Ines tuvo muy luego un pesar que la disuadió largo tiempo de sus ideas novelescas; la salud de Melinda declinaba todos los dias visiblemente y no se la ocultaba á ella misma el riesgo de su situacion. Hacia con dolor el sacrificio de la vida, que podia ser útil todavia á su nieta; pero la consolaba pensar que dejaria á esta amable joven bajo la egida y proteccion del sensible y virtuoso Alfon-

so. Tuvo con él una larga conversacion sobre el particular, durante la cual declaró Alfonso á Melinda el amor que tenia á Ines. Al mismo tiempo la rogó no dijese nada á su nieta. No tiene aun diez y siete años, la dijo él, quiero darla el tiempo necesario para que conozca su corazon. ¡Y qué! repuso Melinda, ¿podreis dudar de una preferencia que no dudo obtendriais ciertamente aunque tuvieseis muchos rivales? Ines os ha visto á vos solo; sois el único hombre sobre quien ha fijado sus miradas. — No ignora que existen otros mas jóvenes y elegantes. — Es muy inocente: considerad lo muy poco ó nada que ha frecuentado la sociedad. — ¡ Ah ! si lo pienso, pero. — ¡Como! ¿ dudais ? — Habeis solido hablarla del mundo y muchas veces, sin reparar, no habeis economizado las alabanzas; mas quisiera que le conociera mejor. En las cosas arriesgadas, temo sobre todo los sueños de la imaginacion. El encanto lisongero de las ideas vagas, el pensamiento de la felicidad y de una perfeccion ideal, produgeron todas las desgracias de mi juventud. — La he pintado tan enérgicamente los escollos del mundo! — La história, tan abundante en naufragios, ha podido impedir

á los navegantes que se entreguen á merced de las olas del mar? La juventud es arrojada; no la intimidan las borrascas; nada la disgusta sino el fastidio y no se aprecia la calma sino despues que ha pasado la tempestad. — Tranquilizaos, señor don Alfonso: conozco á fondo el corazon de Ines: su imaginacion no es demasiado viva, ni su cabeza novelesca y creed que no podrá nunca costarla mucho ser razonable, pues es tan discreta como bella. Melinda estaba muy convencida de lo que decia y he aqui como las madres, en general, conocen á sus hijas en la peligrosa edad de quince á diez y ocho años.

Algunos dias despues que pasó esta conversacion, Melinda se sintió tan mala, que tuvo que guardar cama y muy presto se desesperó de su vida. Entonces, en presencia de Alfonso, pidió á Ines la prometiese dar su mano á este amigo tan digno de su estimacion y afecto. Ines de rodillas y bañada en llanto, iba sin titubear á prometer á su moribunda abuela esta ultima satisfaccion; pero Alfonso, sin dejarla que empezase á hablar, esclamó diciendo: no la obliguemos á que haga un juramento, imprudente tal vez en su edad; pero sin embar-

go, recibid el que os hace mi corazon. ¡Oh respetable Melinda! Si el cielo nos aflige con la mayor desgracia, si os perdemos, juro á vuestros pies consagrar el resto de mis dias á esta querida niña; si no llegó á ser su esposo, seré su guia, su tutor, su padre. A estas palabras, Melinda enternecida, tomó la mano de Alfonso y la unió con la de Ines, se inclinó hácia ellos, los bendijo y dejando caer su cabeza sobre la almohada, cerró los ojos y pocos momentos despues espiró.

Se halló un testamento en el que Melinda nombraba á Alfonso su albacea y tutor de Ines. Se apresuró á sacarla de un parage en que todo escitaba su profundo dolor y la llevó á su castillo, en el que á la sazon se hallaba una prima suya llamada Amalia de Nuñez, que hacia ánimo de permanecer en él seis meses. Tenia Amalia treinta y dos años de edad y la falta de bienes de fortuna y de atractivos morales, era causa de que se mantuviese soltera; habia perdido la esperanza de casarse, pero no la de obtener una plaza de dama de honor de la reina, segunda esposa de Alfonso, llamado el justiciero y madrastra del príncipe real. Amalia, por su noble estirpe, podia presentar-

se en la corte y no lo habia hecho sino para hacer constar el derecho que tenia de hacerlo; mas siempre conservaba el deseo de obtener un empleo distinguido, aunque se habian frustrado hasta entonces sus designios; la reina queria tener una corte brillante y no admitia sino á personas muy distinguidas en elegancia y hermosura. Amalia tenia el mal tono que suelen dar en el mundo los pocos bienes de fortuna, á menos que no se compensen con los que proporcionan una bella presencia, espìritu y talento: la nobleza era en Amalia la primera calidad y como la suya era muy ilustre, no concebia el porque habrian preferido á ella otras señoras cuya estirpe era inferior á la suya y se lisonjeaba siempre que concluiria la reina por recompensarla de lo que ella llamaba incomprensible injusticia. Con idea tan elevada de las prerrogativas dè su alcurnia, creia que perteneciendo á esta clase no se podia existir sino en la corte y que en cualquier otra parte que vegetase su persona se hallaba fuera de su quicio; en fin, la corte era para ella lo que para todos los hombres es la patria. Alfonso conocia muy poco á Amalia; era una de aquellas personas felizes á quienes el mundo no

juzga, por la sencilla razon de que nadie se ocupa en estudiarlas y que á causa de la insipidez de su espíritu y carácter, se hallan siempre al abrigo de la malignidad. Alfonso no quiso dar á Ines sino una compañera de edad madura, á fin de que con toda delicadeza pudiese pasar en su castillo todo el tiempo del luto; persuadido de que Amalia era la persona que convenia, sin ambicion, sin pretension, creyó haber escogido perfectamente; pero se engañó como veremos. Luego que el violento y justo dolor de Ines se calmó algo, acabó Amalia de estraviar la imaginacion de esta jóven, que la inesperiencia ponia en estado de no sentir sus ridiculeces. Como Amalia admiraba en general todos los príncipes, la habló de don Pedro con entusiasmo; tenia motivo poderoso para interesarse por él á causa de que un dia, en cierta ceremonia pública, la habia hecho colocar del modo mas conveniente á su rango, así es que no dudaba asegurar que poseia todas las virtudes que podian desearse en el heredero del trono. Algunas preguntas arriesgadas, aunque tímidas, la pusieron en disposicion de espresar muy por menor el retrato de don Pedro. Ines supo que tenia

ojos grandes, negros y muy espresivos; dientes sumamente blancos y pequeños, talla admirable, aire, presencia y modales como de dueño del mundo entero. Amalia habia oido estas palabras por siempre memorables que profirió su bòca. La señorita Amalia de Nuñez, debe colocarse en el sitio destinado á las damas de honòr, y aseguraba ella, con toda la sinceridad de su alma, que el sonido de la voz de S. A. era encantador.

En fin, Amalia ponderó y alabó con la misma exageracion la pompa de la corte y la felicidad que en ella disfrutan las personas de su rango. Estas pinturas, aunque tan exageradas, no dejaban de ser menos peligrosas. Ines, repasándolas contínuamente en su imaginacion, se decia á si misma: no es el modo con que me cuenta todas estas cosas lo que forma mi ilusion, pues que lo hace siempre sin talento y sin gracia; pero como sus descripciones son tan lisongeras, encantan por mismas.

Amalia, muy satisfecha de verse escuchada tan atentamente, reflexionó sobre la juventud, hermosura, nacimiento de Ines, y sobre el gran partido que ella podria sacar de su confianza. Era muy facil colocar á Ines

en la corte: Amalia carecia en ella de amigos, é Ines podria ser una escelente protectora.... Encantada con semejante idea, empleando el arte de que aun las mugeres menos discretas poseen el secreto, se dedicó enteramente á adular á Ines, persuadiéndola que representaria en la corte un papel muy brillante, y que deslumbraria todo lo que habia lucido hasta el dia: en fin, la inspiró el deseo de presentarse. Creia no seducir mas que la vanidad de Ines: pero sus discursos obraban demasiado en el corazon de la inesperimentada jóven, de modo que se resolvió á salir de su dichosa y muy tranquila obscuridad, y á abandonar su apaciblo retiro. Alfonso, inquieto vagamente de sus sentimientos, no tenia la menor sospecha de tales designios. La observaba pensativa, preocupada; pero atribuia su distraccion y melancolía á los pesares naturales que la causaba el fallecimiento de Melinda. Dejó pasar así cinco ó seis meses, absteniéndose en todo este tiempo de hablarla de su amor y de sus esperanzas. Al cabo, en el mísmo dia que Inés cumplia diez y siete años, la condujo al parque (era en principio de la primavera): se sentaron en un banco de

musgo, y empezó á hablar Alfonso muy enternecido, diciendo: hasta hoy, querida Ines he respetado silenciosamente vuestro justo dolor.... Os he dejado el tiempo de reflexionar bien vuestra situacion.... Ahora es necesario, por vuestra felicidad y por la mia, que yo sepa á fondo vuestros proyectos y vuestra decision.... Sabeis cual fué el último deseo de la persona que ámbos lloramos, y mi corazon formaba el mismo que ella en el instante que juzgué prudente suspender, por entonces, vuestro juramento inviolable.... Gozad plenamente de la libertad que he querido conservaros. Hablad con la mayor seguridad y sin fingimiento; decidme. ¿Qué esperais de mí? ¿qué quereis?.... respondedme. Aunque Ines tenia ya prevista esta penosa esplicacion y que se hallaba preparada de antemano para contestar á Alfonso, quedó algunos momentos sin hablar palabra. El reconocimiento y la amistad mas tierna, todo, todo, hasta la memoria de su tierna abuela, combatia en su alma á las locas ideas y proyetos imprudentes...,

Sin embargo, titubeando y aunque con dudosa resolucion, quiso ser sincera, y dando un profundo suspiro prorrumpió diciendo: fi-

jad mi suerte.... Una voluntad, sagrada para mi os ha dado el derecho de ser árbitro de ella,... y os aseguro que podeis contar con mi obediencia. Pero no debo disimularos que, á pesar de la profunda estimacion y tierno cariño que os profeso, tengo repugnancia al matrimonio y que la curiosidad, imprudente ta vez, y que no he podido vencer hasta ahoral me inspira el deseo de ver, de conocer el, mundo y la corte y si me fuera permitido disponer de mí misma, solicitaria una plaza de camarista de la reyna. Al mismo tiempo, estoy dispuesta á sacrificar por vos gusto y voluntad: si deseais mi mano, aceptadla; es vuestra; sino quereis que me ausente de esta soledad, me quedaré sin resistencia. Decidid. Alfonso, helado, confundido, miró á Ines fijamente, guardando el mas profundo silencio: despues, elevando sus ojos al cielo esclamó: ¡Dios mio! ¡es esta la nieta, la discípula de Melinda! la que habla, ¿es aquella jóven tímida, educada por los consejos de una muger tan prudente?.... ¡Cómo! ¡sin ninguna idea del mundo, y sin poneros bajo la egída de un esposo, quereis, á la edad de diez y siete años, arrojaros al torbellino de los peligros de la

corte!.... Esta especie de reproche ofendió á Ines. Es manifestar muy poca destreza y precaucion el chocar con la vanidad, cuando por diverso camino se puede interesar al corazon. Todo lo hubiera obtenido Alfonso de la sensibilidad de Ines, cometió en este instante una falta irreparable, pero hasta entonces no habia amado sino una sombra; un ser creado á mitad por su imaginacion, no conocia las mugeres, ignoraba que no solo es posible que la terneza las vuelva á hacer entrar repentinamente en la senda de sus deberes, sino que tambien se las puede atraer con mayor entusiasmo.... Ines, entibiada, se afirmó en su primer resolucion; y el despecho contribuyó infinito á su firme propósito. Estoy cierta, le contestó, que en razon de la pureza de mis sentimientos y de mi conducta, seré digna de la educacion que he recibido.... Ademas de que no careceré de guia en la corte, las camaristas de la reina tienen por gefe una dama de honor, y en S. M., un juez de todas sus acciones. En fin, como mi cuna me da el derecho de presentarme en la corte, deseo aprovecharme; y pues que vos no poneis obstáculo á mi designio, os ruego que desde este instan-

te os ocupeis de las disposiciones necesarias. Tambi en se halló ofendido Alfonso con una declaracion tan firme, seca y concisa; y aunque sumamente afligido, se levantó y la dijo: os repito que sois dueña de vos misma; pero debo esponeros todos los inconvenientes que presenta el partido á que parece estais decidida, y despues egecutaré con toda puntualtdad lo que gusteis.

De este modo concluyó tan embarazoso diálogo, que echó por tierra en un instante todas las esperanzas del desdichado Alfonso. Fue á encerrarse en su gabinete y cayendo en un sitial, decia entre si con la mayor vehemencia. Mi destino es sufrir siempre. ¡Ingrata Ines! ¡cuantos nuevos pesares me preparas! No obstante, siempre vigilaré, aunque sin esperanza, sobre tu por venir borrascoso: así lo he prometido. Está decidido que mi infeliz suerte ha de ser en todos tiempos sacrificarme por los objetos que ama mi corazon.

Alfonso escribió á Ines una carta muy larga, en la que combatia su proyecto con razones prudentísimas, y concluia diciéndola que reflexionase aun durante un mes. Todas sus reflexiones fueron inútiles; Ines le habia decla-

rado su resolucion resueltamente ; por otra parte, Amalia la incitaba en secreto con sus consejos perniciosos. Persistió y Alfonso, desesperado, marchó á Lisboa á fin de solicitar la plaza que Ines deseaba conseguir con tanta impaciencia. Esta, no queriendo separarse de Amalia, quedó aun en el castillo de Alfonso hasta que regresase de su viage.

Ines y Amalia iban á pasearse algunas veces por las cercanías del castillo. Un dia que estaban sentadas junto á una fuente, en un parage espeso y sombrío, hablaba Ines de Lisboa y se olvidaba de la hora que era. La fuente se hallaba situada á cincuenta pasos de un camino de travesias que salia al principal. De repente oyeron á lo lejos ruido de caballos y de coches. No podia ser otro que Alfonso, á quien sin embargo no aguardaban sino de allí á quince dias. Escuchan con atencion y al fin distinguen que muchos caballos y gran tren vienen hácia aquel parage. El príncipe real, dijo Amalia, recorre actualmente las provincias. ¡Si fuese él! Al oir estas palabras se estremeció Ines. Amalia la propuso saliesen al camino real. Un sentimiento de modestia impidió á Ines aceptar esta proposicion y suspirando se man-

tuvo quieta en donde estaba. ¡Pero con qué atencion escuchaba! Cada movimiento del coche que se aproximaba aumentaba las palpitaciones de su corazon. En fin oyeron con sorpresa que el carruage pasaba por el camino de travesía. El primer movimiento de Ines fue levantarse precipitadamente, apartar el ramage que la ocultaba y mirar hácia el camino á tiempo que el coche pasando por cima de un profundo barranco, se ladeó y volcó con la mayor violencia. Ines sobrecogida de espanto, se apoyó en el hombro de Amalia. Iba á desmayarse cuando oyó estas terribles palabras. ¡Ah señor! no me quiteis la vida. ¡Desgraciado! respondió una voz fulminante. ¿No te habia prohibido salir del camino real? ¡moriras! A estas palabras: Ines se arrojó al camino gritando: perdon... perdon... Un jóven furioso que acababa de salir del coche volcado y con la espada en la mano iba ya á alcanzar al postillon y á inmolarle á su cólera, cuando oyó el suave acento de la voz encantadora que le pareció venir del cielo. Se volvió estremecido, y quedó estático viendo una persona tan hermosa de rodillas, las manos juntas elevadas hácia él y repitiendo sin cesar: Perdon... perdon... Don

Pedro, pues era él mismo, corrió impetuosamente hácia Ines y puso una rodilla en tierra delante de ella para ayudarla á levantar; en seguida rompió á sus pies el acero que pudo asustarla; é incontinente, volviéndose hácia el postillon, sacó un bolsillo lleno de monedas de oro y le dijo; quiero que bendigas toda tu vida al ángel que te la ha salvado: todos los años, en tal dia y hasta que concluya tu existencia, recibirás una cantidad igual á la que contiene ese bolsillo. Estas palabras transportaron á Ines de admiracion y de reconocimiento y al dar al príncipe las gracias, toda conmovida reparó que estaba cubierto de sangre. Amalia, que el espanto habia impedido aproximarse, vino apresuradamente en cuanto oyó pronunciar palabras tan pacíficas. Se disponia para presentar Ines al príncipe, tan solemnemente como si se hallasen en el palacio de Lisboa, cuando debilitado con la sangre vertida y con las agitaciones violentas que sufria, perdió repentinamente el sentido. Los señores de su comitiva que llegaron al momento mismo, le recibieron en sus brazos. Amalia propuso al instante que le transportasen al castillo; lo que fue aceptado, inundada de lágrimas y apoya-

da en Amalia, los siguió tristemente. Esta haciendo con énfasis los honores del castillo de Alfonso su primo, estableció al príncipe en la mejor habitacion, que era la que ocupaba Ines, de la que Amalia dispuso con autoridad, sin pedirla siquiera su consentimiento. Habia en el castillo, como en todos los de aquel tiempo, un cirujano titular de la casa y fue llamado al instante. Don Pedro despues de una hora de inmovílidad, recobró el sentido y se sorprendió de hallarse en sitio desconocido. García gentilhombre suyo, que le acompañaba siempre en sus viages, le dijo que estaba en casa de Alfonso, ausente en el momento y que las dos señoras que habia visto en el camino eran, una, la jóven Ines, pupila de Alfonso y la otra Amalia de Nuñez. Don Pedro suspiró y apretando la mano de García su amigo le dijo: tengo que hablarte esta noche. El cirujano visitó las heridas del príncipe, que eran dos en un muslo, ocasionadas por los cristales rotos del coche; ademas habia recibido una gran contusion en el ombro izquierdo. El cirujano era hábil; egecutó con sumo acierto todo lo que exigia la circunstancia y aseguró que S. A. necesitaba solo

reposar para curarse prontamente.

Ines desde la llegada del príncipe se retiró á la habitacion de Amalia, esperando con la mayor impaciencia la decision del cirujano; lloraba libremente y estaba sola, porque Amalia, penetrada de la importancia del papel que representaba en este dia solemne, recorria el castillo comunicando infinitas órdenes; casi todas inútiles y muchas veces contradictorias; fatigaba y ocupaba á todos los criados, cuidándose tan poco ella misma; que no se podia con razon quejarse del trastorno general que causaba en la casa. Sin embargo, el príncipe se hizo colocar en un camapé y despidió á todos, escepto á García su favorito.

Este no era de caracter muy firme, ni tampoco débil en estremo; aunque incapaz de hacer ó aprobar una mala accion, y de lisongear con bajeza ó con culpable designio, carecia de resolucion en mil ocasiones, no por falta de luces, sino por egoismo: deseaba dando un consejo útil, aventurarse á complacer al príncipe, sin haber tenido valor nunca de esponerse á irritarle; tenia mas rectitud en sus juicios que en sus acciones y menos delicadeza de conciencia que de principios; era virtuoso

con tibieza y alguna vez con restricciones; tenia talento, ideas honradas y opiniones razonables, pero alma comun.

Don Pedro habló á García de Inés y lo hizo con entusiasmo, encargándole se informase de su estado: Garcia contestó friamente á esta especie de confianza, sin manifestar intencion de creer que el príncipe tuviese grande interés en saber lo que verdaderamente deseaba. Estando en esta conversacion entró un criado á decir á García que Amalia le esperaba para saber como se hallaba S. A. García acordó á don Pedro que habia visto á Amalia en la corte dos ó tres veces y don Pedro le dijo la invitase á venir á aquella sala para recibir su agradecimiento. Amalia, entusiasmada con tal favor, se presentó inmediatamente y apenas se hubo sentado pidió permiso al príncipe para presentarle Inés de Castro, digna de tal honra por la nobleza de su nacimiento. Despues de pronunciada esta frase, se disponia Amalia á entrar en algunos pormenores genealógicos sobre la familia ilustre de los Castros: no hubiera dejado ignorar á don Pedro que la trisabuela de Ines tuvo la gloria de unirse á un príncipe de sangre real; pero don Pedro la

interrumpió asegurándola que tendria mucho gusto de ver á Ines. Amalia le hizo una cortesía de agradecimiento, como si este favor la fuese debido enteramente. Salió y fue á buscar á Ines. Esta, embellecida aun mas con la turbacion y timidez naturales, acabó de inflamar su imaginacion ardiente, prendando á un corazon que hasta aquel dia, no habia amado de veras y que era muy susceptible de concebir la pasion mas violenta. Amalia, durante el tiempo de la visita notició al príncipe que Ines solicitaba una plaza de camarista de la reina. Don Pedro encantado con tal descubrimiento, respondió con ardor que la obtendria ciertamente. Amalia creyó deber darle gracias y al mismo tiempo le hizo presente que ella tambien desearia conseguir un destino semejante para sí misma. Don Pedro no titubeó un instante en prometerla que serviría de empeño para que se cumpliese su deseo; añadiendo que en consideracion á la buena acogida que habia tenido en aquel castillo y al esmero con que se habian apresurado ámbas señoras en cumplir los deberes de la hospitalidad; era imposible que se le negase esta gracia. La alegría de Amalia fué estrema; como no cesaba de

espresarla y que don Pedro la escuchaba muy distraido, Inés, se levantó para concluir la conversacion y la visita: al despedirse del príncipe, se aproximó á él poniéndose descolorida y le presentó una llave. Señor, le dijo: vuestros criados han pedido la llave del cofre de ébano que está en este cuarto, para meter dentro vuestros papeles; esta es la llave. ¿Podré atreverme, señor, á suplicaros que tengais á bien permitirme sacar del cofre algunos muy importantes para mí, que me pertenecen? Al concluir estas palabras, la miró don Pedro fijamente: ¿son señoríta, papeles de familia? la preguntó el príncipe. No señor, le contestó Ines bajando la vista; no interesan sino á mi sola. — ? Que pueden contener? — Todos mis secretos. — ¡ Vos, secretos! son los de vuestro corazon... no podeis tener otros...confiádmelos, señorita...—¡ O cielos! esclamó Ines; no; jamas...Estas palabras, pronunciadas al primer movimiento, ofendieron al imperioso príncipe y sorprendieron á Amalia y á García, que de pie escuchaban este diálogo. Amalia sobre todo, escandalizada y aun asustada de tal atrevimiento, se apresuró á asegurar á don Pedro que Ines, reflexionando

sentiria todo el precio de tal bondad. El príncipe, volviendo á tomar la palabra y dirigiéndola á Ines, la dijo: adivino fácilmente este secreto; amais sin duda y algun obstáculo se opone á vuestra felicidad yo solo pretendo complaceros; os lo prometo y os doy mi palabra mas solemne. Reflexionad, señorita y sabed que no soy un confidente que debe desdeñarse... Llevaos la llave, retiraos y mañana me respondereis. Ines, intimidada, no replicó palabra; hizo una profunda cortesia y se retiró con Amalia, que se propuso reprocharla la imprudencia de su conducta en esta ocasion y la que ella llamaba su ingratitud hácia un principe heredero del trono de Portugal.

Don Pedro luego que se quedó solo con García, no pudo reprimirse y esclamó diciendo: ¡Como, á su edad, haber dispuesto ya de su corazon, y sin haber salido nunca de estas soledades! por que es evidente, segun la palidez de su rostro y el embarazo de sus espresiones, que estos papeles á que da tanta importancia, no seran otra cosa que cartas de amoríos que habrá recibido furtivamente. En efecto dijo García, se ve claramente que desea ocultar alguna intriga amorosa; opuesta sin duda á las

intenciones de su tutor. Pero señor, que os importa? — ¡Qué me importa! repuso don Pedro; ¿no advertis que me ha enamorado perdidamente? No es fantasia ni sentimiento vulgar; es pasion víolenta, irresistible y que nada en el mundo podrá arrancar ya de mi corazon: si el suyo tiene dueño, quiero á espensas de toda la felicidad de mi vida, protegerla, servirla, superar todos los obstáculos que la aflijan y unirla al dichoso que la ama. Seré capaz de sacrificarme por ella, pero no puedo soportar la idea de ignorar siempre su destino; es preciso que sea en adelante su perseguidor, su raptor tal vez, ó su confidente y su bienhechor.

Don Pedro se espresaba con tal vehemencia que Garcia conoció muy luego el grado de pasion que le dominaba; sin embargo, sabia bien que este príncipe impetuoso tenia gran carácter y suma generosidad: al mismo tiempo no dudaba tampoco que Ines tuviese algun empeño secreto; estaba cierto de que el príncipe cumpliria su palabra: y concluia de todo que una declaracion sincera de parte de Ines, finalizaria sin peligro esta aventura. En tal concepto, se encargó sin resistencia, y aun con

gusto, de hablar á Ines segun deseaba don Pedro, y así lo hizo el dia siguiente que se le presentó ocasion muy oportuna, pues encontrando á Ines en el parque la dijo que el príncipe, muy agradecido á todas las atenciones y cuidados de que era objeto, queria absolutamente asegurar la existencia feliz de dos personas que le habian hecho tan gran servicio: que adivinaba que en los papeles que Ines tenia tanto cuidado de ocultar, se hallarian espresados los votos secretos de su corazon, y que pues que ella hacia tanto misterío, no habia duda en que contrariaban su inclinacion; que el príncipe queria saberlo para aplanar todas las dificultades y que la pedia tuviese con él entera confianza, es decir, que le comunicase el contenido de sus papeles, que la daba palabra de que despues de esta prueba de estimacion pretegeria su amor, y seria su mayor apoyo. Ines se habia lisongeado de que la fantasia del príncipe pasaria con un instante de reflexion; pero se hallaba muy lejos de imaginar lo singular del carácter de don Pedro; así es que su sorpresa fue estrema: decidida á no permitir que viese sus papeles, declaró terminantemente que la era imposible

mostrárselos. Sean los que sean, repuso García. no titubeeis, señorita, en complacer á S. A! en este asunto. Es generoso y magnánimo, pero de carácter particular; y cuando os ofrece su mediacion y todo su apoyo, creed que no soportará vuestra desconfianza..... os ruego no le irriteis — El secreto que quiero ocultar es una locura que nada puede borrar de mi imaginacion, una desgracia que ninguna proteccion humana puede remediar. — Vuestro secreto es amar sin esperanza, ¿no es verdad? — Lo habeis adivinado. — Pues bien; decidme: el hombre á quien amais, ¿se halla en estado que le impida? — Nó; está libre; pero... — Si está libre, todo puede arreglarse: creedme, señorita; confiad al príncipe vuestro secreto: reflexionad que de esta confianza sincera y entera pende el reposo de vuestra existencia futura: vamos, animaos... no dudeis... — No puede ser. — Os perdeis. — Quiero mis papeles; y preferiria mil veces desagradar á S. A., que entregarselos, ni que los lea. — Repito, amable Ines, que os perdeis. — ¡Es posible! ¿qué puedo temer? — Todo: se pondrá furioso; y es capaz de entregarse al último estremo. — ¡Dios mio! ¡qué debo hacer! — Com-

placerle. — ¡ Qué tirania !.... no, no puedo: me es imposible ceder. — Pues que es preciso hablar claro para que os decidais, sabed que habeis inspirado al principe don Pedro la pasion mas violenta. — ¡ Me ama ! — Os adora ; y si le impedis la gloria de hacer por vos un brillante sacrificio, querrá vengarse. — ¡ Me ama! ¿ Estais cierto ? — Seguro. — ¿ Os lo ha dicho? — Sí, señorita : pero no temais su amor, si le mostrais plena confianza. Su grande alma cifrará toda su felicided en vuestra dicha; se sacrificará por vos, transportado, satisfecho infinítamente de su accion generosa. Será el bienhechor de su rival; hará su fortuna, si carece de ella; le colmará de honores; obtendrá el consentimiento de sus parientes y el de vuestro tutor; S. A. mismo os conducirá á ámbos al pie del altar, y despues jurará y lo cumplirá, de no volver á veros nunca. Estos son sus proyectos: de todo esto es capaz. — ¡Oh generoso principe! — Mas si le irritais negándoos injuriosamente á confiarle vuestro secreto, saldrá de sí mismo y será terrible su desesperacion: este es su caracter; escoged. — ¡Ay de mí! ¡qué partido tomaré!.... Ines al decir estas palabras, se dejó caer en un banco, y un

torrente de lágrimas inundó su rostro. García, que apreciaba bien la penosa situacion en que se hallaba la afligida jóven, trató vanamente de animarla; no le respondia, porque estaba resolviendo en su imaginacion mil proyectos para evitar el peligro inminente que la amenazaba.... Halló uno solo. Era preciso hacer el mas grande y doloroso sacrificio, y se prometió consumarle si el cielo no la presentaba otro menos cruel. Pues bien, dijo en fin á García, entregaré mis papeles á S. A., y hoy mismo le oiré con qué condicion puede obtener mi confianza. García, satisfecho con tal promesa, fué inmediatamente á participarla al príncipe, que aguardó con increible impaciencia la entrevista durante la cual habia prometido Ines confiarle el precioso depósito, y esplicarle la restriccion misteriosa que exigia para consentir en ello. Aunque don Pedro andaba con mucha dificultad, estaba ya vestido y de pie cuando anunciaron á Ines y Amalia. Se adelantó hacia ellas é Ines, tomando inmediatamente la palabra, dijo: señor, me presento á V. A. R. con objeto de manifestarle cuan reconocida me hallo á la generosidad de sus intenciones, dandoos una prueba de confianza que nadie en el

mundo, sino vos, y porque lo exigis absolutamente, podria ni tendria derecho á exigir de mí. Vuestras bondades, señor, no pueden cambiar mi suerte, pero me es muy grato manifestar á V. A. mi profunda obediencia. Al concluir estas palabras se acercó al cofre de ébano, le abrió, sacó un legajo de papeles con carpetas de pergamino y atado con una cinta. He aquí señor, dijo Ines, estos papeles para mí de inestimable precio. Sed su depositario; solo os pido que no abrais el legajo de aquí á quince meses: al cabo de este tiempo, podreis leerlos todos; y lo que contienen será entonces tan poco sabido y tan secreto como en este mismo instante. Dígnese V. A. prometerme no leerlos antes que cumpla el término de los quinc emeses: ya son vuestros... Don Pedro, admirado, reflexionó un momento, y despues la contestó que estimaba infinito su atenta confianza; que se sometia gustoso á todo cuanto exigia en él, y que la daba su palabra real de no abrir el legajo sino á la espiracion del término propuesto. Concluyó rogándola sellase el legajo. No, señor, dijo Ines, vuestra palabra real es para mí el sello mas inviolable: no necesito otra seguridad. Este candor y noble con-

fianza enternecieron al príncipe, y le transportaron de admiracion y reconocimiento: sin embargo, insistió sobre tal precaucion; y en presencia de Ines, selló al instante el legajo con el mas escrupuloso cuidado. De modo, señorita, repuso don Pedro, que hasta de aquí á quince meses no podré saber lo que tanto os interesa; á la verdad que el término es demasiado largo... Creed, á lo menos, que no es vana curiosidad la que me ha hecho proceder de este modo, sino que estoy poseido del deseo apasionado de complaceros; y pues que vuestra situacion será la misma de aquí á quince meses, me lisongeó que entonces, sean cuales fuesen vuestros pensamientos, podré manifestaros mi celo y rendimiento del modo mas util y agradable á vuestro deseo. Ines hizo una cortesia respetuosa, y no contestó. Amalia, persuadida que el secreto de Ines seria solo una niñeria, arriesgó algunas chanzas que tuvo por muy oportunas, y que nadie escuchó é Ines se despidió de S. A. Luego que salieron, don Pedro, teniendo aun en sus manos el legajo de pepeles que se le habia confiado, le miraba suspirando. ¡Qué no daria yo, decia, por saberlo todo en el instante! Pero mi pala-

bra es sagrada, y este sello guardará el precioso secreto hasta la época convenida.. García: ¿con que os ha dicho que ama! — Sí, señor, y que V. A. debe pensar que todo este misterio no puede consistir mas que en un amor secreto.— ¡El rival feliz!...¡Ah cuanto le aborrezco!...— Señor, considerad que habeis prometido protegerle. — Es cierto, he prometido, y lo cumpliré exactamente, sacrificando todo por la felicidad de Ines... ¡Pero si ella cambiase de inclinacion!... Reflexionando, no me pesa el no ser su confidente que de aquí á quince meses. Hasta entonces su corazon podrá tal vez variar. ¡Quien será el favorecido! ¿Será tal vez el severo Alfonso, su tutor? — Alfonso es amable... ¡Puede suponerse que haya sido indiferente al atractivo de tantas gracias!.. La prudente austeridad de Alfonso le ha preservado siempre del imperio de las pasiones

Se sabe ademas que está decidido á no casarse nunca y aun no falta quien diga que ha hecho voto formal de ello; no obstante, aun cuando no hubiese formado esta resolucion elegiria para esposa á una persona cuya edad estuviese en proporcion con la suya. Así lo creo: no hay duda; Alfonso es á quien ama

en secreto, ó á quien se persuade que ama. Es casi el único hombre á quien ha visto y su inocencia puede fácilmente confundir el amor con la amistad. Ines vendrá á la corte; allí la veré siempre y... pero señor, ¿cual es vuestro designio? Fijar mi imaginacion, dar á mi vida una esperanza que podrá hacer su mayor dicha; á mis acciones el interés que les falta y que las ennoblezca con el deseo de que las apruebe una belleza; en fin, apaciguar mi humor bullicioso, mis costumbres, mi caracter, inclinándome á una criatura angélica, dotada de candor, dulzura, inocencia y sensibilidad. Reflexionad, señor, en las turbulencias, en el desorden terrible que este amor podria causar en todo el curso de vuestra vida. García, estad cierto de que jamás seré vil corruptor; fuera de mí la odiosa idea de engañarla ni de seducirla: no; estos proyectos no mancharán nunca las páginas de la historia de mi vida, pero tengo necesidad de confiar mi destino; siento demasiado cuan borrascoso deberá ser y aun tal vez muy culpado, si yo solo dispusiera de él. No hay fuerza humana capaz de dominar mi voluntad; pero puedo sacrificarla voluntariamente. ¡Cual seria mi gozo en

no ser gobernado por deseos vagos y tumultuosos! en libertarme del esfuerzo, casi siempre inútil, de resistir á mi impetuoso carácter, ó del amargo arrepentimiento de haber cedido! Desde el instante en que por primera vez, se fijó mi vista en este objeto encantador: ¿no ha egercido ya sobre mí tan saludable imperio? Yba, arrastrado de un ciego furor á cometer un homicidio y una sola palabra de Ines disipó mi furiosa cólera, desarmó mi brazo. Esta voz purísima es la única, la sola en la tierra que pudiera dictarme leyes supremas: sus miradas celestes, las que derramarian contínuamente en mi alma la tranquilidad deliciosa, y el entusiasmo sublime que inspiran las virtudes. —Convengo; mas el objeto de tal afeccion parecerá peligroso; le alejarán de vuestra presencia, de la corte en fin. ¡Garcia! Me parece creereis que sabré defender lo que amo ¿Qué podrá oponer V. A. á la autoridad suprema de un Rey y padre? En tal caso se la derriba ó se muere en el acto. Pronunció don Pedro estas últimas y sacrílegas palabras en un tono tan furioso y amenazante que sus ojos brotaban fuego y sus miradas eran tan terribles, que García se abstuvo de decirle otra

palabra. El príncipe quedó silencioso algunos instantes y luego mudó de conversacion.

Se decidió á partir al dia siguiente, pero formó el designio de hablar á solas con Ines antes de marchar.

Parece que existe en el amor una inteligencia misteriosa y simpática que prevee, que adivina y que proporciona á los enamorados encontrarse aun sin haberse citado. Un sentimiento mismo suele producir las mismas ideas. Creyó don Pedro que Ines volvería al parque, é Ines imaginó que aun podria enviarla algun mensage; con este objeto, en cuanto se concluyó la comida, procuró desembarazarse de Amalia y bajó al parque, pero sin desviarse mucho del castillo. Se paseaba lentamente y al pasar bajo las ventanas de la habitacion que ocupaba el príncipe, se detenia aun mas; es decir, se mostraba sin pasearse, era como llamar la atencion... La entendieron, porque volviéndose repentinamente, vió á don Pedro á veinte pasos de distancia, que se dirigia hácia el sitio donde ella estaba. Reparando en él se sintió mas alterada que sorprendida; su corazon le esperaba en secreto. Sin embargo, descolorida y con los ojos bajos, salió al encuentro

de S. A., cuyo paso era trabajoso porque sufria bastante de sus heridas. Ines, temblando, le ofreció su brazo que él aceptó enternecido. Le guió silenciosamente hácia una calle de árboles en donde habia un gran banco de mármol, en el que don Pedro invitó á Ines se sentase á su lado. Esta obedeció sin proferir una sola palabra. Deseo señorita, conversar con vos ántes de mi partida, pues que llevo conmigo tan finos recuerdos; pero necesito informarme positivamente de los que os dejo. ¡Ay de mí! ¡nos hemos visto ántes bajo tan diverso aspecto! Desde el instante mismo en que mis ojos se fijaron en vuestro rostro por la primera vez, vi un ángel enviado del cielo... y vos reparando en mi, toda asustada, visteis un hombre furioso, un homicida... En fin aquel primer instante, se que no puede escitar en vuestro corazon puro sino el efecto que naturalmente causa el espanto mas terrible, vuestro odio, vuestra indignacion y por mi parte merecisteis mi admiracion, mi reconocimiento, mi amor... Me habeis evitado cometer un crímen y por consecuencia me habeis libertado del remordimiento eterno que hubiera sido su inmediato resultado... Mi alma agradecida desea

con vivas ansias premiar el inesplicable bien que la habeis hecho y á este sentimiento solo, os aseguro podeis atribuir la especie de violencia de que me he servido para obtener la confianza de vuestros secretos... Veros feliz, ha sido el primer voto de mi corazon y el segundo seria contribuir á que lo seais. No me atrevo á formar el tercero... A lo menos, decidme que no desdeñais mi amistad y que me concedeis la vuestra... — ! Ah, Señor! respondió Ines, si leyeseis en mi corazon, veriais lo que me es imposible esplicar... Pronunció estas palabras de un modo tan natural y tierno, que el príncipe se hubiera creido completamente feliz, si no estuviese persuadido que Ines alimentaba en secreto otro amor. No obstante le encantó su respuesta. ¿Y por qué esta alma tan pura y sensible guarda todavía la reserva conmigo? — Señor, dentro de algunos meses lo sabreis todo y conocereis, sorprendido, que todas vuestras congeturas son falsas... — Pero vos habeis dicho á Garcìa positivamente, que teneis una pasion desgraciada... — Señor... para sustraerme á preguntas importunas, le dejé creer lo que él se imaginó haber adivinado. — ¡ Qué decís! vuestro corazon está libre !... — Me

habeis prometido absteneros de preguntarme.— ¡Vuestro corazon está libre! — Este triste corazon es desconocido á todo el mundo... sus afectos y sus penas no han sido espresados sino en los papeles que os he confiado...— ¡Me asombrais! ¡Como! ¿Sufris y el amor no es causa de vuestro pesar? — Recordad Señor, que no me esplico: digo solamente que ni vos, ni nadie en el universo puede adivinar mi secreto y que sin embargo de cuanto quereis suponer, no podriais acertar la verdad...— ¡Ah me parece que vos misma os engañais tambien de vuestra situacion; teneis tan poca esperiencia.. En fin, Ines persistis en no declararme vuestro secreto hasta la época lejana que vos misma habeis querido fijar y yo no puedo ocultaros el mio. Estos papeles, que segun decís son lo que poseeis de mas precioso, los habeis depositado en mi persona y yo deposito mi destino en la vuestra...— ¡Cómo, señor!...— Si, no quiero ser responsable de mis acciones; vos sola las dirigireis en adelante. Os sacrifico por siempre mi voluntad imperiosa, feliz de someterme á un juez que el amor solo me podrá imponer. Amado ó no, me dedico á serviros, á obedeceros: vos sois la única persona que pue-

de labrar la felicidad de mi vida; sereis siempre la causa de mi gloria, aun cuando no podais corresponder á esta ardiente pasion que durará hasta el fin de mi existencia. Vencereis mi caracter, me inspirareis acciones heróicas, que pasarán á la posteridad; una sola palabra de vuestra boca angélica será en mi ley suprema, infundirá en mi ánimo la fuerza irresistible de cumplirla; fortalecereis mi alma con la llama generosa de la virtud y este fuego sagrado, mantenido cuidadosamente de vos no podrá debilitarse ni apagarse nunca y mi reputacion entera será obra vuestra. A Dios, á Dios Ines... Pronto nos veremos en Lisboa. Considerad, reflexionad en el inmenso bien de que podeis ser causa y en todo lo que mi voluntad, sumisa á la vuestra, espera de vos. Concluido este discurso se levantó el príncipe y se estremeció observando que un diluvio de lágrimas inundaba el rostro de su amada... cogió su mano y no pudo contenerse de estrecharla tiernísimamente entre las suyas. — A Dios, señor y creed que yo sabré y procuraré justificar la alta estimacion con que os dignais honrarme, pues que debe elevarme por cima de mí misma. Ines al concluir estas palabras se apresuró á enju-

gar sus ojos. ¡O dia el mas dichoso de mi vida! esclamó don Pedro transportado; dia en el que os he entregado mi alvedrio! No olvideis jamas que mi amor fué tan puro y apasionado que no necesitó la esperanza. En este instante Amalia y García parecieron á lo lejos á la entrada de la arboleda. Ines, procurando ocultar su turbacion, rogó al príncipe tratase de disimular la suya y ámbos salieron al encuentro de Amalia. Esta hizo presente á S. A. que todas las personas distinguidas del pais se hallaban reunidas en el salon, esperando la honra de que les permitiese besar su mano. Ines manifestó el deseo de que el príncipe recibiese bondadosamente el homenage de sus vecinos y don Pedro, aprovechando con ardor la primera ocasion de obedecerla, se transfirió al salon. Estuvo muy afable con todos, como se está siempre cuando el deseo de agradar dimana del corazon. Un pueblo numeroso llenaba los patios del castillo y el príncipe se apresuró á asomarse á un balcon, mostrando su persona á la multitud deseosa de verle; mandó á Garcia que distribuyese dinero con prodigalidad y se grangeó mil vítores, suscitados por el entusiasmo de tantas gentes que por la primera

vez veian á su principe. Todas las personas que se hallaban en el salon elogiaban la afabilidad de don Pedro y unian sus aclamaciones á las del numeroso gentío que estaba en los pátios, celebrando todos la munificencia y bondad del heredero del trono. Entre tanto tumulto de verdadero gozo, la dichosa Ines no se atrevia ni á hablar ni á alzar su vista, temiendo con razon manifestar su invencible enternecimiento. Aquella tarde se acercó á ella don Pedro y la dijo: los elogios con que me aclaman son muy gratos á mi oido, porque vos sois la causa de ellos... Ines se puso descolorida y bajó la vista; una mirada sola hubiera declarado su secreto en el instante.

El príncipe devolvió á Ines la llave del cofre de ébano, diciéndola: esta llave guardaba vuestros secretos y ahora guarda los mios. Dicho esto se alejó con precipitacion y al amanecer del dia siguiente se puso en camino. Ines, en cuanto dispertó y se vistió, fue á la habitacion que habia ocupado el príncipe, que era la suya. ¡Con qué agitacion entró en el cuarto de que acababa de salir el ser humano que habia de fijar su destino! ¡cuán turbada se halló al acercarse al cofre de ébano! Temblando metió

la llave en la cerradura.... le abrió, vió un papel doblado, le tomó su mano trémula, le desplegó y leyó lo siguiente: »Parto: no olvideis á el que no desea vivir sino por vos y para vos.... á el que os espera con toda la agitacion que produce la impaciencia que le devora.... No solo habeis reanimado mi existencia, sino que, por decirlo en propios términos, me habeis creado una nueva, muy diversa de la que tenia antes del dia feliz en que os conocí. Antes de veros, sentia solo en mí una inquietud turbulenta; no concebia en que consiste el objeto de vivír, ni la esperanza de la felicidad... ¡ Ah ¡ ¡cómo entonces no apreciando nada, ni amando á nadie, mi corazon ha podido palpitar con violencia ! ¡ cómo mi sangre podia circular en mis venas !.... Os esperaba; una alma ardiente no podia soportar la gravosa insipidez de la indiferencia: cifraba su inútil energia en la cólera que solia muchas veces degenerar en ferocidad espantosa y ahora toda esta energia se dirijirá siempre hácia un solo objeto !.... Vos la dirijireis, la purificareis.... Me consuelo y aun me complazco en no haber hecho nada bueno antes de conoceros, por deber á vos sola todo lo que pueda ilustrar mi

vida. Venid, venid prontamente. Sin la certidumbre de volveros á ver presto, ¡ cómo seria posible tener valor de deciros á Dios!... = *don Pedro príncipe de Portugal,"*

Ines leyó esta carta mil veces, la bañó en lágrimas y la metió en su pecho. Aquí permanecerá, dijo, hasta mi último suspiro.

Luego se halló en un estado de irresolucion dolorosa y de amarga inquietud; sin embargo, cierta alegria insensata concentrada en el fondo de su alma dominaba sus sentidos; no tenia aun nada que reprocharse, amaba, y era amada.... Se entregó á todas las ilusiones que ocupa la engañosa esperanza de una pasion naciente y que el deber absoluto no condena; una parte de las quimeras seductoras que habia formado su imaginacion, se hallaba realizada. Don Pedro la adoraba y queria seguir sus consejos: pero ella habia jurado ocultarle su afecto y no ser nunca mas que su amiga, pues que no podia unirlos el lazo sagrado; se estremecia considerando que este importante secreto se hallaba en poder del príncipe.... En el enagenamiento de sus ilusiones cuando oyendo á Alfonso, se inflamaba su imaginacion por don Pedro, habia tenido la imprudencia loca de

escribir sus ideas y de exaltarlas, y el nombre de don Pedro se hallaba trazado mil veces en su narracion....

La violencia característica de don Pedro la habia obligado á entregarle estos peligrosos papeles, y en el primer instante de su irresolucion, habia pensado no ir á Lisboa sino para encerrarse secretamente en un convento, tomar el hábito y profesar al cabo de un año de noviciado, para que el príncipe, que no abriria el legajo de papeles hasta pasados quince meses no conociese su amor sino cuando se hallase imposibilitado de toda empresa judicial. Mas cuando Ines, guiada por el primer movimiento, formó tan prudente designio, ignoraba todavia cuan apasionadamente era amada. Su conversacion en el parque con don Pedro, trastornó todas sus resoluciones; ¡y cuántas razones hallaba ella para coonestar y renunciar á este proyecto! ¿Sufriria el verla retirada en un claustro? Si se sustraia furtivamente; ¿cuál seria el furor de don Pedro?.... No sería posible que fuera de sí, la arrancase del sagrado asilo aun cuando ya hubiese profesado? ¿cómo evitar la cólera de un carácter tan violento, apasionado y reducido á la des-

esperacion?.... Por otro lado, ¿cómo la seria posible permanecer en la corte sin perderse? ¿Qué derecho no podria adquirir el príncipe, luego que descubriese que ella le habia amado aun antes de conocerle?... ¿Cómo se conduciria Ines en situacion tan delicada? y ¿de quién podria esperar consejos saludables¿ Amalia no tenia la direccion suficiente para guiarla en compromiso tan espinoso; Alfonso la amaba demasiado para no serla sospechoso ¡no podia escoger por confidente al rival de don Pedro!.... ¡Ay de mí! esclamaba; si Melinda viviera, la descubriria mi corazon, me arrojaria á sus brazos, la confiaria mis mortales angustias, y encontraria mi salud en su acendrado cariño, en su esperiencia y sobre todo en su autoridad. ¡Ah! como conozco la desgracia que acompaña á la independencia de mi edad!.... No podria tal vez seguir el mejor consejo, pero á lo menos sabria obedecer á una órden sagrada. Otras veces, Ines, pensaba solo en su felicidad, en la gloria que la resultaria siendo causa de que don Pedro refrenase la impetuosidad de su carácter, de que su amor sirviese para inclinar su alma á ejercer la beneficencia, la justicia, la generosidad y todas las

virtudes que debe tener un rey; en fin, se complacia considerando el delicioso encanto de verle ser el ídolo de la nacion que habia de gobernar.

Tan diversos pensamientos ocuparon únicamente su imaginacion hasta que Alfonso regresó de su viage. Distraida y pensativa tambien, Amalia la importunaba. La turbacion y precaucion de Ines eran tan visibles, que Amalia adivinó la causa. No se le habia ocultado tampoco la pasion del príncipe, pero en consideracion á la tranquilidad de su conciencia, se habia propuesto no favorecer estos amores; sin embargo, deseaba infinito de obtener la confianza de Ines, y se decidió, sin titubear, á ocultar este misterio al severo Alfonso.

En fin, al cabo de tres semanas de ausencia, llegó Alfonso. Se presentó inmediatamente en el aposento de Ines, que estaba sola. La anunció con tristeza que la reina la habia concedido una plaza de camarista. Ines le dió gracias, pero no pudiendo ocultar cierta confusion, la presencia de Alfonso la estorbaba, aunque la mucha estimacion que no podia negarle, la infundia al mismo tiempo cierto pesar muy parecido al remordimiento. Alfonso, in-

terpretando la turbacion de Ines por enternecimiento, la representó el peligro á que se esponia, arrojándose sin mentor y sin guia al mundo tan desconocido de su inesperiencia, y tan lleno de ilusiones y lazos engañosos. Aun es tiempo, la dijo, acordaos de la última despedida de vuestra tierna abuela: yo haré todos los sacrificios que exijais de mí para que se cumplan sus deseos: si quereis habitar el gran mundo, abandonaremos la soledad, nos estableceremos en Lisboa. Aceptadme por vuestra egida, solo un esposo puede serlo. Ines escuchó este discurso con tal frialdad, que Alfonso perdiendo tal esperanza, se levantó diciendo: ya lo veo, vuestra determinacion es irrevocable. No tengo autoridad suficiente para oponerme, pues que, en la opinion general, la suerte que preferis es envidiada; he obrado con la rectitud que emplearé mientras viva, he solicitado de buena fé: no puedo negar de que aun mantenia mi alma la dulce esperanza de que volvieseis á entrar por la senda de la razon y de la amistad, mayormente cuando me ofrecia á vivir en medio de la tumultuasa sociedad, para vigilar sobre cuanto pudiera concerniros.... Me engañé... Dios quiera que jamas tengais cau-

sa de arrepentiros.... ¿Cuándo quereis partir?.... — Mañana, si es posible. — ¡Mañana!... Basta.... Partiremos al amanecer. Al concluir estas palabras, Alfonso, mas muerto que vivo, se retiró. Nuevas pesadumbres le esperaban. Habia hecho su viage con estrema rapidez caminando noche y dia, sin pararse mas que para mudar caballos, é ignoraba enteramente que don Pedro habia pasado tres dias en su castillo: cuando lo supo acabó de desmayar su ánimo. No dudó que la hermosura de Ines habria hecho grande impresion en el príncipe de Portugal. El silencio que habia observado Ines sobre esta aventura, la impaciencia que mostraba de partir tan luego á Lisboa, su tibieza, su distraccion, la pertinacia en no casarse con Alfonso, todo probaba á este desgraciado que la pasion que suponia ya en don Pedro, era correspondida. Hize varias preguntas á Amalia sobre este particular; pero ella se guardó bien de confiar á Alfonso los secretos que habia penetrado; se contentó solo con elogiar la suma afabilidad del príncipe, las bondades con que la habia distinguido, y el modo que habia tenido en su ausencia de reemplazarle haciendo los honores del castillo.

El dia siguiente antes de salir el sol, partieron á Lisboa; y durante el viage adquirió Alfonso la certidumbre de su verdadera desgracia. Ines, que no hallaba en sus miradas sino reproches y suma melancolía, las evitaba con cuidado. Amalia era quien, sola, hacia el gasto de la conversacion; molestaba á Alfonso haciendo que tomase parte en ella: porque, cuando el corazon se halla afligido y preocupado, es muy insípido y sumamente desagradable verse uno obligado á contestar sobre materias que incomodan. Llegaron á Lisboa, y Alfonso depositó á Ines en casa de una parienta de su padre, conviniendo que permaneceria en ella hasta el dia de su presentacion y entrada en palacio; y en el mismo dia la dijo Alfonso: sé que no deseais mis consejos, y que no los seguireis, pero no obstante, me hallo obligado á dároslos, por deber y por inclinacion y ademas á vigilaros. Me quedo en Lísboa con el designio de haceros escuchar de tiempo en tiempo el lenguaje de la verdad y de la razon.

Al cabo de ocho dias se efectuó la presentacion de Ines en la corte y muy luego se instaló en palacio. Su rara hermosura hizo un ruido prodigioso. Don Pedro creyó verla por la

primera vez de su vida; admirándola adornada con soberbios atavios. Sin embargo, los consejos de García, y sobre todo, el interés de su amor, le persuadieron á que disimulase su ardiente pasion.

Ines, la persona mas bella de Portugal, era ademas, muy rica, de gran nobleza y desde el instante de su aparicion en la corte fue el objeto de una multitud de adoraciones secretas. Uno de sus admiradores era Pacheco, primer ministro y privado del rey. Nacido sin bienes de fortuna y sin nobleza, pero en el reinado de un monarca que sabia apreciar los grandes talentos, debió su elevacion á la habilidad superior que poseia para los negocios de estado. Ascendió por el mérito y por sus importantes servicios y gozaba de una honrosa y brillante reputacion porque hasta entonces las pasiones violentas concentradas en su alma, léjos de haber podido pedirle crímenes, no habian exigido sino muy al contrario integridad de conducta y ocupaciones gloriosas; solos medios de llegar á obtener la confianza y el favor del soberano. Así es que la probidad y buena fé del rey forzaban (valgámonos de esta espresion) á un malvado, hacia diez años, á valerse y apa-

rentar la conducta del hombre de bien. Aunque Pacheco era orgulloso en estremo, tenia demasiado talento para mostrarse insolente, sabia muy bien que las personas de su rango, que lo son, degeneran siempre en aborrecibles y ridículas y que la insolencia perjudica siempre, aun para con los necios á quienes intimida, ó que la consideran como privilegio de los grandes: exacto observador de todas las conveniencias sociales, consideraba el escándalo como absurdo y perjudicial; despreciaba solo en el vicio la imprudencia sin fin particular y sin provecho. Era tan capaz para egercer la audacia, como para la circunspeccion, segun sus pasiones é intereses; no veía en la egecucion de un crímen mas que la accion del cálculo, lo mismo que cualquiera otra; pero no obstante, juzgando que los resultados son siempre peligrosos, pensaba que no deben emplearse tales medios sino para satisfacer una pasion violenta ó para la consecucion de un gran designio: en fin, bajo de un esterior noble, imponente y severo ocultaba el alma mas negra y vindicativa, envilecida y desnaturalizada con la larga práctica de la impiedad y de la hipocresía; el amor en él era solo un furor

brutal; su amistad, cálculo y falsedad, y su odio, rábia implacable que no podia producir sino venganzas atroces. Tal era el hombre perverso que, en cuanto vió á Ines, se enamoró de ella ciegamente. Tenia cuarenta años de edad, pero conservaba bella presencia, era muy apreciado de las damas y poseia inmensos bienes de fortuna, un crédito sin límites, y los empleos mas eminentes del estado. Creyó que Ines no dudaria un instante en concederle su mano, prefiriéndole á todos sus rivales, imaginando ademas que se lisonjearia mucho de subyugar á un hombre de tan alta reputacion, que no habia querido enlazarse hasta entonces, y que habia desechado tantas ilustres alianzas. Como todos los ambiciosos, imaginó que el medio mas seguro de agradarla, seria mostrarse en todo su esplendor: la invitó para que asistiese á fiestas magníficas, que el rey, la reina y el príncipe don Pedro honraron con su presencia; y al cabo de un mes, sabiendo que Alfonso era el tutor de Ines, le pidió la mano de su pupila. Esta le contestó que dejaba á Ines dueña absoluta de su destino, y que la hablaria sobre el particular. En efecto, la hizo presente la proposicion de Pacheco, añadien-

do que este enlace seria el mas ventajoso que pudiera contraer. Si yo quisiera casarme, contestó Ines, solo vos, Alfonso, es el que yo escogiera para esposo. Contestad en mi nombre, á Pacheco, con negativa absoluta.... No quiero, la dijo Alfonso, arrancaros el secreto de vuestro corazon, me lisonjeo en conservar la esperanza que me le confiareis un dia.... ¡Oh cara Ines mia! he renunciado para siempre á la felicidad quimérica que sedujo un instante á mi razon; pero no puedo renunciar á que perdais vuestra tranquilidad, vuestra reputacion.... — ¡Mi reputacion! ¿Qué he hecho que haya podido comprometerla?....—Nada aun, pero alimentais una.... que os perderá. — Si conocierais mis resoluciones.... — Son virtuosas, no lo dudo; los consejos de la esperiencia y de la amistad no pueden sino afirmarlas. — Pues bien, Alfonso, de aquí á seis semanas lo sabreis todo, todo, vereis entonces que sé imperar mis ideas y que no me falta valor para consumar un sacrificio. Estas palabras enternecieron y encantaron á Alfonso. Era el primer consuelo que habia tenido despues del fallecimiento de Melinda. Aquel mismo dia contestó á Pacheco. Este, irritado en estremo, se lisonjeó sin embar-

go, imaginando que Alfonso, teniendo otras miras hácia su pupila, no le habria servido cerca de ella, y aun tal vez que la respuesta seria suya y no de Ines. Enagenado con este pensamiento fue él mismo á ver á Ines, cierto de que ningun criado se atreveria á negarle la entrada. Pero fue preciso anunciarle, y tan luego como Ines oyó pronunciar su nombre, se levantó precipitadamente y corrió á refugiarse en un gabinete, desde donde le hizo decir que no recibia mas que á sus parientes y á su tutor. Pacheco no se convencío aun; pidió recado de escribír y la escribió una carta; suplicándola que le escuchase un instante, ó que *de su mano*, respondiera á la proposicion que, de su parte, habia encargado la hiciese su tutor. Ines, queriendo libertarse de una vez de la persecucion importuna de Pacheco, le respondió al momento con tal decision; sequedad y laconismo, que pareció al orgulloso ministro el cúmulo del desden y del mas vergonzoso ultraje. Salió sumamente irritado, y con la firme intencion de meditar despacio una horrible venganza.

Ines, mil veces aun mas atormentada y mas digna de compasion que nunca, se decidió á

sacrificarse al deber mas rigoroso. Don Pedro la escribia todos los dias. Amalia empleada en la corte por medio de su proteccion, era ya su confidenta, y se encargaba de entregar á Ines las cartas. Amalia, recibiendo la declaracion de secreto tan peligroso, no habia dudado *la pureza de los pensamientos* de don Pedro, pues que la aseguraba continuamente que no pretendia mas que la amistad y confianza de Ines. Amalia justificaba á sus propios ojos una complacencia al mismo tiempo baja y criminal, repitiendose siempre que no la era permitido desconfiar de las intenciones de un príncipe franco, generoso y destinado á heredar la corona de Portugal.

Las cartas del príncipe repetian cuanto habia ya dicho á Ines verbalmente; pero mostraba esperanzas y una pasion cuya violencia crecia por momentos. Ines tenia la debilidad de contestarle, y aunque le exortaba á triunfar de un afecto á que no podia corresponder realmente, decia ella, mezclaba siempre en sus contestaciones algunas palabras de aquellas que se escapan del corazon, y que una vez escritas, no hay fuerza bastante para borrarlas del papel. Ines asegurando su alarmada conciencia

con un designio valeroso, se entregaba con menos remordimientos á la inclinacion mas peligrosa. Veía todos los dias á don Pedro feliz y brillante de esperanza, en medio de una corte suntuosa que fijaba en él todas sus miradas y atenciones y gozaba deliciosamente del brillo y de la pompa que le rodeaba. Hay en la grandeza y sublimidad del rango tal nobleza esterior y tal elegancia, que es muy raro y dificil que las mugeres, aun las menos ambiciosas, sean indiferentes á sus resultados. Los homenages personales pueden recibirse con indiferencia; pero si se dirigen al objeto que se ama, es imposible presenciarlos sin entusiasmarse. Los afectos mas profundos nos los inspira el amor; pero las alteraciones mas vivas del ánimo las produce la reunion del amor con la vanidad. Ines, embriagada con todas las ilusiones del amor, no pudo disimular que don Pedro tenia para con ella grande ascendiente. Es cierto que él la obedecia conduciéndose con prudencia, no siguiendola ni hablándola en las fiestas donde la encontraba, y absteniéndose de toda tentativa para verla en su casa; pero no la ocultaba en sus cartas que tal abstinencia insoportable no podia durar, y que era preciso

que Ines diese fin á todo. Esta, sentia que enamorada y dominada, del temor que la inspiraba el carácter de don Pedro, dispondria éste soberanamente de su destino, si ella titubeaba en adoptar un partido firme y decisivo. La idea de que el príncipe admiraria el sacrificio virtuoso que meditaba, acabó de decidirla. Se determinó á huir de Lisboa transfiriendose á una provincia lejana y si menester fuese á pais estrangero y á tomar el hábito en un convento, bajo nombre supuesto. ¿Pero cómo egecutar tal designio? No queria confiarse á su tutor, porque conocia su afecto y estaba cierta que jamas aprobaria encerrase para siempre en un cláustro; y renunciando á don Pedro se consolaba creyendo que renunciaba al universo entero. Aunque Amalia, la manifestaba grande amistad Ines no la estimaba, ni nunca pensó confiarle su secreto. En fin, le reveló á una persona subalterna, que la habia dado pruebas de mucha lealtad: era su doncella; tenia oido á ésta que unos parientes suyos (tio y tia), mercaderes, iban á hacer un viage á Francia; Ines imaginó que podrian llevarla consigo secretamente, y prometió á su doncella que si los hacia consentir

la aseguraria su bien estar futuro desde el instante de la marcha. La doncella combatió vanamente los proyectos de su señora, y viendo que no podia convencerla, la pidió tres dias para reflexionar y pensar los medios que se podrian emplear para efectuar este asunto sin ruido.

Pasados los tres dias, dijo á Ines que todo estaba ya arreglado; que sus tios sin conocer el verdadero nombre de Ines, que era preciso ocultarles, consentian en llevarla consigo á Francia, en atencion á que para asegurar mejor el secreto, la habia hecho recomendar á sus parientes por un venerable religioso que poseia toda su confianza y que hacia tambien el viage con ellos. Para interesar en vuestro favor á este santo personage, prosiguió, le he dicho señora, que esta partida preservaba á una jóven huerfana, de la mas peligrosa seducion... ¡Ay de mi! esclamó Ines suspirando, no le has engañado... Y luego que llegueis á Francia os proporcionará tomar el hábito en un monasterio. Me han dicho os prevenga esteis dispuesta á partir de aqui á dos dias. ¡ Como tan pronto!.. pero está bien, marcharé pues que mi resolucion es irrevocable. Sin em-

bargo ¿cómo haré para escaparme de aquí?— Todo se ha previsto. Pedireis un permiso de seis dias para pasarlos en una casa de campo, en la de una parienta vuestra. Saldremos de palacio en un coche alquilado y antes de amanecer iremos á la iglesia de san Salvador y esperaremos en ella al religioso que debe presentarnos en el monasterio y guiar vuestra vocacion. — ¿Y cuanto tiempo habremos de esperar en la iglesia? — Media hora á lo mas. Mis tios vendran tambien á buscaros al mismo sitio y marchareis juntos los cuatro. Despues de esta esplicacion, la desconsolada Ines se retiró á su aposento para llorar sin testigos. Luego escribio dos cartas, una á Alfonso, pero sin descubrirle el secreto de su corazon, ni el sitio de su retiro: le decia á Dios para siempre, declarándole que iba á consagrarse al servicio de Dios. Le recomendaba mucho todos sus criados y por lo demas le rogaba dispusiese como le pareciese de su hacienda, añadiendo que aprobaba enteramente todo lo que hiciese su acreditada prudencia. La segunda carta escrita á don Pedro decia en estos términos.

»Señor y príncipe mio: ya podeis leer los papeles que os he confiado. Vereis que aun

antes de conoceros, cediendo al encanto inconcebible del mas dulce presentimiento, mi imaginacion y mi corazon volaban hácia vuestra persona. ¡ Y despues os he visto! !Os he hablado! ¡ Os he oido espresar este amor tan tierno, tan generoso, de que era yo el objeto! ¡Mi alma entera respondia á la vuestra, espresabais lo mismo que mi corazon sentia! ¡He calculado los peligros de pasion tan violenta y he creido que nos perderia sin remedio; no puede unirnos el lazo sagrado y la debilidad y estravio de la desdichada Ines no hubiera podido nunca labrar la felicidad del príncipe don Pedro de Portugal. Renunciando á vos como solemnemente renuncio para siempre, no he podido concebir la esperanza de ningun consuelo humano, renuncio tambien á mi familia, á mi patria, al mundo, al universo entero. Estas facciones que contemplabais tanto, van á cubrirse de un espeso velo que no las desampará ya ni aun dentro del sepulcro. ¡ No os veré mas; no volveré á hablaros, por que habré de observar en adelante eterno silencio! ¡Ah Señor! sed tan magnánimo, tan grande, tan virtuoso que vuestros ínclitos hechos adquiriéndoos fama inmortal, traspasen los mon-

res encumbrados que van á separarnos, para que penetrando en el obscuro y religioso asilo donde voy á encerrarme, me sirvan de consuelo. ¡ En adelante no os será permitido corresponder á Ines de Castro sino por medio de vuestras virtudes y de vuestra gloria ! Y cuando yo oiga hablar de vuestras acciones sublimes, me diré á mí misma alabando al Eterno ¡ no me ha olvidado el príncipe !.... ! No volveremos á vernos en este mundo perecedero ; pero que recuerdos tan deliciosos nos restan ! ¡ Reflexionad cuan inocente y casto fue nuestro amor ! ¡ El vuestro solo exigia la estimacion y la confianza ; el mio oculto siempre ! á Dios : sufro en este instante vuestro dolor y el mio. Pero este horroroso momento no deja por eso de serme lisonjero ; puedo sin temor ni fingimiento deciros en fin, por la primera vez de mi vida, que os amo á vos solo : el tiempo ni la ausencia, os lo aseguro, no podrán estinguir, ni aun debilitar un afecto tan tierno y apasionado. Ninguna vanidad mundana, ni ningun otro afecto humano podran distraerme del que os profeso. ¡ Oh cuanto apetezco la profunda soledad en cuyo centro podré entregarme á un solo recuerdo ! ¡ Que

poco me costarán el desden del mundo y la humildad del claustro! ¡Las diversiones de que vos no participeis como pudieran nunca serme gratas! ¡Las alabanzas que vos no escucheis, como podrian lisongearme! ¡En el fondo de vuestra alma magnánima es donde he colocado mi orgullo! A Dios; no lloreis por mi suerte. No se me oculta lo inmenso de mi sacrificio; pero vos le admirareis; no me compadezcais; cierta de vuestra aprobacion, llevo conmigo la mas noble y tierna recompensa.

Ines convino con su confidenta que la entregaría las cartas para Alfonso y el príncipe, de tanta importancia para ella, particularmente esta última. La víspera de su viage, la doncella la hizo presente que verificada su huida, no podran ménos de hacerla mil preguntas sobre este acontecimiento que registrarian todos sus papeles y que para que no la sorprendieran y se apoderasen de ambas cartas, seria muy prudente depositarlas en casa del notario encargado de los asuntos de Ines; que esta se encargaba de llevarlas cerradas con su sobrescrito, prometiendo ademas que no se las entregaría hasta pasados seis dias despues de su huida.

Ines concluyó asi todo lo que creyó oportuno disponer y si cabe se sintió aun mas abatida con el dolor que le causaba la separacion del objeto á quien amaba. Despues que entregó ambas cartas á su doncella imaginó, que la que era para el príncipe no estaba demasiado tierna ni bastante detallada. Reflexionaba la desesperacion de don Pedro y se acusaba de ingratitud y barbarie; vertió muchas lágrimas y aunque la abandonó su valor, sin embargo, se mantuvo firme en la resolucion que tenia formada. La víspera del dia en que habia de egecutar su plan, dió la reina un gran baile; Ines hubiera podido dispensarse de concurrir á él, pero apesar del estado en que se hallaba su alma, quiso asistir con objeto de ver á don Pedro por última vez. Lo que sufrió su corazon en esta fiesta carece de toda ponderacion. ¡Que insensata le pareció la loca alegría de tan brillante concurrencia! ¡Como afectó sus sentidos la armonia de la música viva y ruidosa! Cuando se presentaron para hacerla salir á bailar, se estremeció interiormente y se admiró tanto como si estuviese cierta de que los circunstantes leian lo que pasaba en el fondo de su corazon. Se escusó pretestando de que

sufria jaqueca: estaba tan abatida que lo creyeron fácilmente; pero su languidez y sufrimiento, lejos de marchitar su hermosura, la redoblaban presentando sus facciones cada vez mas tiernas é interesantes. Asistian á la funcion muchos estrangeros que habiendo oido ponderar la belleza de Ines y no habiéndola visto hasta entonces, formaron un círculo á su alrededor y no pudieron menos de espresar su admiracion. Tales homenages acrecentaban su angustia pensando en las rejas, tras las que iba á ocultarse muy presto y para siempre entregándose al olvido.

El príncipe llegó á media noche: Ines viéndole entrar en la sala, estuvo para desmayarse y desde este instante no faltaron lágrimas en sus ojos. Nunca le habia parecido tan afable, tan bizarro y galan. Sus miradas, que se buscaban mútuamente, se encontraban y la desdichada Ines sentia que se le despedazaba el corazon. No pudiendo sostenerse mas tiempo, tuvo que apoyarse en el brazo de Amalia que estaba á su lado. Al cabo de media hora don Pedro, por la primera vez en público, se acercó á ella; la habló con tal gracia y seguridad y sus palabras enternecieron tanto á Ines, que

por no hacerse traicion, con un diluvio de lagrimas tomó el partido de no responder sino inclinándose y al mismo tiempo dijo á Amalia que se sentia indispuesta; esta salió con ella y nadie hizo alto ni lo interpretó de modo desagradable, pues habian visto todos que sufria ya cuando se presentó en el salon del baile. Al llegar á la puerta, Ines volvió la cabeza buscando con su vista y por la última vez, al objeto amado de quien iba á separarse para siempre. Pero sus ojos no pudieron distinguirle.... Al salir por la puerta fatal, creyó exalar el último suspiro. Dejaba allí toda la pompa, todo el encanto, todos los prestigios qne sedugeron su imaginacion. Inocente y virtuosa, pero privada de la felicidad de haber sido escitada al sacrificio por la religion, la sostenian en su proyecto solo los destinos humanos y esperimentaba toda la fragilidad de tan débiles apoyos; sin fuerzas y sin consuelo, sucumbia amargamente víctima de sus pesares y horrorizada con la prespectiva horrorosa que la presentaba el porvenir.

El valor que da la religion es invencible, porque se dirige á un fin ante el cual todos los intereses humanos se anonadan. La resig-

nacion piadosa es un convenio sublime que se hace con la divinidad, que á tal precio se digna patrocinar y prometerlo todo á su criatura, con esta virtud angélica se triunfa siempre de los acontecimientos escabrosos de la vida, la paciencia humana es solo sufrimiento inmóvil y mudo, la resignacion reposo celeste, que que espera ser recompensado sin medida.

Inés, alejándose para siempre del objeto que adoraba, podia andar apenas, vacilaba á cada paso; el universo entero desaparecia á su vista, le creia caer y reducirse á la nada. Estaba alojada en palacio y cuando entró en su habitacion, aseguró á Amalia que se hallaba sumamente aliviada y se apresuró á darla las buenas noches rogándola se retirase. El príncipe envió á preguntar si se habia mejorado, sin embargo de estar ya instruida, pues que Amalia volvió á entrar en el salon de baile. Este recado acrecentó todavia mas la dolorosa agitacion de Ines. ¡Ay! decia ella: que dirá de mi mañana cuando despierte! En esto oyó estremeciéndose que el reloj de palacio daba las dos; debia marchar á las seis. Cuando la desnudaban y en el momento que se quitaba los diamantes y flores que adornaban su cabeza,

le parecia que la despojaban de toda su hermosura, que no debia adornarse mas en la vida y que don Pedro no la contemplaria mas. Se puso un vestido negro y un velo espeso: despues dijo á su doncella que saliera, y volviese á buscarla á la hora convenida. Luego que se quedó sola, cayó en un sillon y permaneció silenciosa, temblando y helada, hasta el instante que su confidenta entreabrió la puerta con mucho tiento para advertirla que todo se hallaba ya pronto. ¡ Cómo ! esclamó Ines, ¡ amanece ya ! — Si señora, pero está muy nublado.... A estas palabras, Ines se levantó, abrió una vidriera y se estremeció viendo el aspecto lúgubre que presentaban las nubes. ¡ Qué dia tan horroroso ! dijo, y sus lágrimas la impidieron pronunciar mas palabras. Se envolvió en su velo y siguió á su doncella, que la guiaba. Subieron al coche y la desgraciada, sollozando, volvió sus ojos hácia el palacio y se despidió de él para siempre, esclamando : ¡ Ay de mí !... por una eternidad !.... ¡ y he podido verle y amarle !.,.. Las lágrimas sofocaban su voz... Partió el coche velozmente; atravesaron cinco ó seis calles, y se paró en fin á la puerta de la iglesia de san Salvador. Se apearon y un hom-

bre que aguardaba abrió la puerta al instante. Entraron en una iglesia grande y obscura; aquí es donde debemos esperar, dijo la doncella. Ines se adelantó algo con el fin de arrodillarse delante de un altar y rogar á Dios restableciese la paz en su alma atribulada. Pero una voz interior, una voz terrible parece la respondia; *debiste orar antes de entregarte á una insensata pasion*; *debiste obedecer las últimas órdenes de tu abuela en el instante de su tránsito*; *tu presuncion y tu locura te han precipitado en un abismo*; *tú misma has labrado tu funesto destino*; *sí, funesto....* En medio de estas ideas desesperadas, sintió pasos detrás, era su doncella que la invitó la siguiese á la sacristia, en donde la aguardaban ya. Ines se levantó y se dejó conducir. En cuanto entró, se cerró la puerta y quedó separada de la doncella que la habia acompañado hasta allí. En el mismo instante oyó andar precipitadamente y el solo ruido de esta marcha impetuosa hizo palpitar su corazon... Le reconoció; no se engañaba.... Don Pedro se arrojó á sus pies.... En este momento, Ines, se sintió transportada de alegria y de sorpresa; á Dios temores, proyectos, resolucion, todo fue

olvidado repentinamente. Se convenció de que ya no podria ser dueña de sus acciones, porque el amor la dictaria leyes soberanas: esta idea colmaba sus deseos, y todos los votos imprudentes de su corazon. ¡Soy amado! esclamó don Pedro; Ines, eres mia: todo lo sé ya; he leido tu carta y todos los papeles. ¡Oh sensible y cara Ines mia! vas á conocer cual es mi amor y mi reconocimiento: el lazo solemne y sagrado va á unirnos para siempre.... ¡Que oigo! dijo Ines interrumpiendo al príncipe: ¡Cómo osais esponeros!.. — El rey vuestro padre.... la nacion.... — El altar está preparado, la antorcha nupcial encendida, el sacerdote revestido, los testigos.... todos, todos nos esperan.... ¡Gran Dios!.... — Ven, vamos....; seamos uno de otro...; todo lo demas es nada. La felicidad suprema nos dará poder suficiente para desafiar los demas acontecimientos de la vida, y si fuese preciso perecer mañana, ¡qué importa! habriamos vivido.... ¿Qué larga carrera puede valer este solo dia?.... No nos detengamos mas, Ines mia, vamos, dueño de mi alma.... Pronunciadas estas palabras don Pedro tomó la mano de Ines, que le siguió sin la menor resistencia y la condujo á una capi-

lla adornada de flores y magnificamente iluminada.

El sacerdote estaba ya esperándolos en las gradas del altar; dos amigos del príncipe, Alvarez, pariente de Ines, y García, se hallaban á los lados de un reclinatorio, preparado para que se arrodillasen ámbos contrayentes. Detrás, estaba Amalia, vestida de cortey el príncipe y los testigos de gran gala; el altar y los ornamentos sacerdotales, resplandecian de oro y pedrería. El príncipe habiendo ordenado tal magnificencia, queria en cuanto le fuese posible disimular en la ceremonia la triste apariencia de un matrimonio secreto y clandestino. Ines hecha un rio de lágrimas, pronunció del fondo de su alma las palabras sagradas é irrevocables. El príncipe hizo con el mayor entusiasmo los mismos juramentos. Amalia en seguida, se puso una pelliza negra; don Pedro se embozó en una capa y se apresuraron á salir de la iglesia. El príncipe, Ines y Amalia, entraron en un coche que tenia echados los vidrios y cortinas y que debia conducirlos á tres leguas de Lisboa, á una casita de campo, aislada y que pertenecia á Amalia.

Don Pedro, luego que con la mayor ter-

nura espresó á Ines el esceso de su alegria y de su dicha, la descubrió todos los misterios de esta intriga tan bien conducida. Su doncella, justamente asustada con el proyecto de su huida, habia encargandq el mayor secreto, consultado á Amalia, quien al instante instruyó al príncipe de lo que pasaba. Fue decidido vagamente engañar á Ines, á fin de impedirla que partiese. Cuando confió las dos cartas á su doncella, en lugar de llevarlas al notario de Ines, las entregó á Amalia, y esta á don Pedro, quien leyó la suya embriagado de alegria sin límites, que ademas, debia aumentarse al leer los papeles que Ines le habia confiado. El príncipe, entonces, imaginó la fábula para cuyo éxito sirvió enteramente la inesperiencia y credulidad de Ines. En cuanto á la carta que esta habia escrito á Alfonso, la quemó el príncipe sin leerla. Añadió que se hallaba muy seguro del sigilo y discrecion del clérigo, y de ámbos testigos; que su seguridad misma respondia por ellos. Don Pedro dijo tambien á Ines que ella se detendria un rato en la casita de campo de Amalia, situada muy cerca del camino que conducia á la otra á donde se habia propuesto ir, diciéndolo públicamente, pues

que para este efecto habia pedido permiso á la reina; y que efectivamente se transferiria á dicha casa en el mismo dia; pero que en lugar de permanecer allí ocho dias, volveria al siguiente á Lisboa, restituyéndose á la habitacion que ocupaba en palacio. A corto trecho de la casa de Amalia, encontraron á Alvarez y á García, que á caballo precedieron al coche. Don Pedro se separó de Ines; Alvarez le cedió su caballo y entró en el coche con las señoras. El príncipe y Garcia se volvieron á Lisboa por diverso camino; é Ines, Alvarez y Amalia se detuvieron una hora en la casita de esta última, en donde los esperaba ya la doncella de Ines. Esta se quitó el vestido negro, diciendo á Amalia que la afligia mucho haberse hallado vestida de color tan siniestro el mayor dia de su vida. ¡ Ay ! añadió ¡ Dios quiera que no sea presagio lúgubre de futuras penas ! Amalia la habló de don Pedro, de su amor, de su felicidad, y logró borrar de la imaginacion de Ines toda idea melancólica. ¡ Que largas le parecieron las horas en esta casa en que tuvo que pasar dos dias mortales !.... En fin, volvió á Lisboa y al palacio que habitaba su adorado esposo; y para que nada faltase á su felicidad,

supo de don Pedro que nadie sospechaba nada, no solo de su desposorio, sino aun de que existiese entre ámbos le mas mínima inteligencia. Los consejos de García dirigieron su conducta, y las medidas que adoptaron para verse fueron tomadas con la mayor prudencia.

Pero el ódio irreconciliable, y los inhumanos zelos vigilaban á Ines y espiaban todos sus pasos y acciones. Pacheco estaba cierto de que Ines tenia una inclinacion secreta, pues que se habia negado abiertamente á aceptar la oferta que la habia hecho de su corazon y de su mano; sorprendió suspiros, miradas, y descubrió que Ines y el príncipe se amaban perdidamente, y que Amalia era su confidenta. Don Pedro consideraba á Pacheco como á un gran hombre de estado; no habia observado hasta entonces nada de reprensible en su conducta pública ni particular; pero á pesar de todas sus cualidades, cierto instinto estraordinario que engaña raramente á las almas grandes, inclinaba al príncipe á no congeniar y aun á manifestar á Pacheco alguna frialdad que mas de una vez habia sido visible. Este ministro perspicaz que habia conocido demasiado tal antipatía, aborrecia mortalmente al príncipe, y creía

que cuando falleciese el rey, García y Alvarez egercerian los primeros destinos. Habia ensayado con mucho artificio y singular precaucion, pero sin fruto, de indisponer á don Pedro en la mente del rey; alababa mucho su valor y popularidad, con la secreta intencion de hacerle temible, y no conseguia sino todo lo contrario á su deseo malígno; es decir, que el rey se complacia infinito sabiendo que su hijo, á quien tanto amaba, era el ídolo de la nacion que habia de gobernar un dia. Pacheco, otras veces, gemia y ponderaba la violencia de carácter del príncipe; el rey se afligia de esta falta, como buen padre, mas conservando siempre la esperanza de que la edad y la esperiencia corregirian un defecto que se hallaba tan en oposicion con las grandes cualidades de don Pedro. Pacheco no se desanimaba nunca; se lisongeó de que podria conseguir su fin depravado, sacando partido para el ataque de la pasion del príncipe: empezó por persuadir á una camarera que le era afecta, que diese parte á la reina del amor que se profesaban mútuamente, don Pedro é Ines; porque Pacheco estaba muy lejos de imaginar que ya eran esposos. La reina habló de ello al rey en presencia de Pa-

checo; y el rey contestó, que como no habia pruebas, era preciso usar de mucha circunspeccion, y sobre todo evitar el escándalo.

Ademas, añadió el monarca, todos hemos notado con suma alegria el cambio que de algun tiempo á esta parte se ha notado en el carácter de mi hijo. Si Ines inspira en su espíritu, es preciso confesar que hace escelente uso de tal ascendiente y pues que esta amistad no tiene nada de escandalosa, ¿por qué hemos de creerla criminal? No irritemos á mi hijo por medio de una severidad imprudente, parece que le aconseja bien y esto es lo esencial. Pacheco, disimulando su invencible rencor, apoyó el parecer del Rey y alabó mucho su prudencia é indulgencia paternal: la reina que estimaba y aun queria á Ines, prometió con gusto no decirla nada y conservarla en el destino que servia cerca de su persona. Esta princesa, segunda esposa del rey, hermana del de Castilla y madrastra del príncipe don Pedro, estaba dotada del grado de amabilidad y buen corazon de que dimana siempre la verdadera piedad. Estas virtudes angélicas son los atributos naturales de todas las mugeres y la verdadera gloria de una reina que parece se

halla colocada en el trono, no para juzgar y gobernar, sino para conciliar, pacificar y obtener la indulgencia y el perdon. La reina queria á don Pedro casi como si fuera su hijo y este la respetaba y aun amaba tiernamente, aumentándose cada vez mas este mútuo afecto porque don Pedro apreciaba en gran manera la distincion particular y el cariño con que su madre política trataba á Ines.

Sin embargo, Pacheco divulgó á la sordina el secreto de los amores del príncipe, y toda la corte se halló instruida de ello al momento.

Se tratan siempre con mucha indulgencia las debilidades de la clase media, pero no suele nunca tenerse piedad de las personas por quienes se ha concebido envidia, pasion que, mas de una vez ha degenerado en furiosa. La hermosura, las gracias, el espìritu de Ines, las infidelidades de que era objeto y los homenages que desdeñaba, habian escitado contra ella ódios envenenados en el silencio y disimulo. Se la acusó de repente ante la opinion pública de ser su amiga, la querida del príncipe; las falsas devotas, las coquetas, las mogigatas, los presumidos y los embaucados, aparentaron

escandalizarse, como si una intriga amorosa fuese asunto nuevo en las cortes.

En medio de este desenfreno casi universal, Ines no conservó en su favor, sino á aquellas personas puras, siempre en tan corto número, que no toman parte en las discusiones sino con el laudable objeto de defender ó disminuir cierta clase de culpas, pero que por lo general gozan en el mundo de ninguna ó muy poca autoridad; porque en las sociedades numerosas prevalecen los juicios malignos y suele parecer siempre sospechosos los que dicta la bondad del corazon. Es muy sabido que la virtud es incrédula en cuanto á las faltas que no se hallan probadas y que cuando adquiere la evidencia oculta las debilidades del projimo, ó á lo menos hace cuanto puede para escusarlas. Con tal caracter se obtiene la estimacion, pero no se escuchan las razones, ni menos se cita en su apoyo.

Ines, apesar de todo el encanto que proporciona un amor feliz y legítimo, empezó á sentir cuan delicada y peligrosa era la situacion en que se hallaba; gemia la pérdida de su reputacion, y no podia justificarse sin descubrir un secreto inviolable para ella, pues que

le era imposible revelarle sin esponer á don Pedro á toda la cólera del rey; lo que mas aumentaba su dolor eran los reproches y profundo pesar de Alfonso. No pudiendo soportar su indignacion le juró tan solemnemente que estaba inocente, que no dudó de su sinceridad. Entonces Alfonso la representó la obligacion en que se hallaba de ausentarse de una corte en que su reputacion se hallaba atacada con tal pertinacia y que no se dudaba aun la perderia para siempre. Ines le contestó conocia que la razon la aconsejaba tomar este partido; pero que convencida de su inocencia, no tenia valor para dejar la corte y los amigos. ¡Ah! repuso Alfonso, para sustraeros al eminente peligro que arrostrais con tan tenaz imprudencia, me veré precisado á usar de mis derechos. ¡Como! sereis capaz... — De todo, de todo para salvar vuestra honra, que me es mas cara que la vida... — ¿Qué decis?... ¡Dios mio!.. — Si, Ines, sino cedeis á mis ruegos os arrancaré apesar vuestro de este odioso palacio. Asi lo juro. — Alfonso ya no es tiempo... ¡Que oigo! — Está fijada mi suerte... un matrimonio secreto... lo habeis adivinado y mi vida depende de vuestra discrecion. Ines luego concluyó refiriendo

á Alfonso todas las particularidades de su historia. Despues que concluyó, el entristecido Alfonso tomó la palabra y entre suspiros y sollozos la dijo : ¿quién mejor que yo puede comprender los desvarios de la imaginacion y compadecerlos ? Porqué singular capricho la naturaleza se ha complacido en formar de nuestros espíritus y de nuestras almas tal simpatía?.... ¡ Oh desgraciada Ines ! — Si, no hay duda, le interrumpió Ines, soy muy digna de compasion. Me estremezco considerando el porvenir que me aguarda ; el amor no permite gloria ni felicidad ; pero preveo tempestades horrorosas. ¡ Oh generoso Alfonso ! no me abandoneis: sed mi ángel tutelar, guiadme en la estrecha senda por donde camino : en adelante no os ocultaré nada de cuanto me suceda... — ¡ Ay de mí! ¡ qué tarde me acordais vuestra confianza! ¡ Vuestra confianza que tanto he merecido ! Pero como ha de ser ; disponed de mi enteramente : aunque sois causa de mi infausto destino, si puedo contribuir á remediar el vuestro, aun me consideraré feliz. Vigilaré cuidadosamente y os advertiré de cuanto se trame para perjudicaros. Ya se y os prevengo que desconfieis de Pacheco ; habeis ofendido su orgullo,

os aborrece; no le perderé de vista; la política y destreza se estrellarán contra el interés que me guia; creo que no conseguirá engañarme. El lenguage de Alfonso tranquilizó á Ines Le hizo prometerla que no diria nada al príncipe de sus sospechas acerca del proceder de Pacheco, porque evitaba cuanto podia irritar su carácter volcánico y tan poco capaz de fingir ni disimular su agravio: le ocultaba con el mayor cuidado todos los motivos de queja que la daban contínuamente un gran número de personas; lo que le era sumamente fácil, porque delante del príncipe disimulaban completamente y no se atrevian entonces á tratarla con la cortesia esacta, seca y ofensiva, que no es mas que impertinencia civilizada de las cortes y del gran mundo.

La generosidad y afecto de Alfonso penetraron de reconocimiento á Ines; pero no tardó en tener nuevo motivo de inquietud: se apercibió que existia en su seno una prenda del himeneo que urgia tanto ocultar. Este acontecimiento colmó la alegria y los deseos de don Pedro: no obstante, conocia lo crítica que era su situacion, y se alarmaba justamente su espíritu observando el temor de Ines: todo se

compondrá, la dijo. Cara Ines mia, vence ese abatimiento que te acongoja, y que se semeja algo al arrepentimiento; me aflije y me ofende. Un amor como el nuestro, debe y merece triunfar de todos los obstáculos; reflexiona solo en los milagros que ha obrado ya. Si tú misma no me hubieses detenido mil veces, hubiera ya publicado nuestro matrimonio; estado que labra toda mi gloria, y que me hace perfectamente feliz.... ¡Cuán ufano estaria yo superando por tí todas las preocupaciones impertinentes; y aun el rigor de una injusta autoridad! Pero tú te opones, y yo te obedezco tanto como te amo. Has corregido, cambiando mi carácter, ó por mejor decir, tu alma es quien anima la mia. Estoy sosegado porque me amas y soy humano porque eres benéfica. Contemplando cada dia ese corazon ingénuo, puro y sensible, ¿me seria posible no adorar la virtud y la bondad misma? ¿pudiera no compadecerme el sufrimiento de los desgraciados, viendo las perlas que por ellos derraman tus ojos? ¡Ah Ines mia! no tiene necesidad tu hermosa boca de trazarme mis deberes: yo los cumpliré todos con transporte, con el plausible objeto de parecerme á tí, de agradarte y de que seas

dichosa. Sabe, publícalo á todo el mundo, que si la providencia me destina un dia á ocupar el trono de nuestra cara patria, el Portugal te deberá la felicidad de que sin tí idolatrado dueño mio, no habria disfrutado jamas. Que tan preciosas ideas borren en tu imaginacion todo cuanto puede entristecerla: nos pertenecemos por siempre el uno al otro. ¿Qué pena verdadera puede balancear esta dicha? El encanto de tal lenguage hubiera disipado todas las inquietudes de Ines, sino temblase mas que por su propia suerte; mas temia la de su esposo y nada podia tranquilizarla.

Bajo pretesto de su quebrantada salud, pidió licencia Ines por seis meses, que le fue concedida.

Amalia, que habia favorecido tanto estos amores peligrosos, no deseó acompañar á Inés; no habia podido resistir á la ambicion de ser la confidenta de un gran príncipe; pero en el fondo era mucho mas adicta al empleo que ocupaba cerca de la reina y le pareció imposible poder existir seis meses en una provincia, despues de haber disfrutado la honra de pasar un año en la corte de Lisboa. El mundo es siempre ingenioso y delicado de procederes cuando

los ponga en la conversacion. Se vituperó generalmente á Amalia el no haber seguido á Ines, tanto mas, que se atribuia la ausencia de esta á hallarse en desgracia y como á una especie de destierro honroso. Raramente se desencadena la envidia contra aquellas personas que no hacen sombra en el mundo; pero cuando alguna llega á ser el blanco de sus tiros, suele desgraciarse verdaderamente y muchas veces sin remedio; es menester hallarse dotado de mucho talento, mérito y grande espíritu, para expiar á los ojos del mundo una falta real, y aun para triunfar de una calumnia. Así es que la vana cuanto insípida Amalia fue víctima de esta malevolencia. Pacheco, que la consideró siempre como espía de Ines y del príncipe, la perdió en el espíritu del rey y de la reina; se vió obligada á hacer dimision de su plaza de camarista y concluyó su vida en la humillacion y obscuro retiro que produce el mas profundo olvido.

Ines se transfirió á Coimbra (1), en la provincia de Beira, muy cerca de la posesion en

(1) Histórico: Coimbra, capital de la provincia de Beira, situada sobre una montaña á cuya falda corre el rio Mondego: se halla á 36 leguas de Lisboa.

donde se habia criado, y del castillo de Alfonso. El príncipe habia hecho preparar para ella un palacio al que fue á apearse, y en el que se estableció (1). Alvarez pariente de Ines, y Alfonso, la acompañaron hasta Coimbra y despues se volvieron á Lisboa. Alfonso juzgó oportuno permanecer en la corte para vigilar sobre todo cuanto pudiese convenir á los intereses de Ines. Algunos dias despues divulgó don Pedro que iba á una caceria á diez leguas de Lisboa, dirigiéndose á una casita de campo que solia frecuentar, solo, sin ningun acompañamiento. Esta vez trajo consigo á Alvarez, á Alfonso y á un escudero llamado Pedro, cuya fidelidad le era muy conocida, y dos criados de toda su confianza y voló á Coimbra. Pasó allí tres semanas; á su regreso dejó para acompañar y servir á Ines, al escudero, queriendo se hallase cerca de su esposa un hombre que poseía toda la confianza de su señor. Poco tiempo despues volvió el príncipe, pero siempre en secreto; y al otro dia de su llegada á Coimbra, Ines dió á luz un príncipe, que don Pedro recibió en sus brazos con el transporte de alegria

(1) Histórico.

que causa el mas tierno, el mas violento amor y la primer paternidad.

Mientras que don Pedro se entregaba todo entero á la felicidad que habia de pagar luego tan caramente, el implacable Pacheco tramaba contra él el mas pérfido compló. Pudo lograr á fuerza de investigaciones, y sobornando uno de los criados de Ines, descubrir con certeza su matrimonio secreto con el príncipe: y para agravar mas la falta de don Pedro, se guardó bien de participarla al rey. A fuerza de intrigas logró hacer creer á la reina que el príncipe habia cesado de amar apasionadamente á Ines y que casándole con esta princesa, se lograria apartarle enteramente de su antiguo objeto, que Constanza de Castilla, sobrina de la reina, cuya belleza se alababa mucho, tenia ya quince años, y que esta alianza afirmaria la paz de ámbas coronas. La reina se apasionó mucho de esta idea en que tambien habia pensado el rey. Pacheco dispuso al monarca para que la oyese con gusto, y le persuadió de que para impedir á don Pedro toda imposibilidad de negativa, se debia negociar este asunto sin que él lo supiese. En efecto, todo se trató secretamente, y ámbos monarcas se dieron mútuamente su

palabra real. Hacia ya cerca de un año que Ines se hallaba fuera de la corte cuando el rey llamó un dia á su gabinete al príncipe, para anunciarle su matrimonio con la infanta de Castilla, añadiendo que el trato estaba concluido y que la futura esposa llegaria á Lisboa dentro de muy pocos dias. Don Pedro respondió, sin titubear, negándose absolutamente á tal desposorio. ¡Cómo! dijo el rey muy severo, ¿qué decis? Sabed que he dado mi palabra.... — Sin consultarme. — ¿Podia yo dudar de vuestra obediencia, cuando os propongo una infanta hermosa, agraciada, jóven y discreta; una alianza tan digna de vos, y tan necesaria para el bien del estado? — Señor y tierno padre mio, mi sangre y mi vida os pertenecen; pero mi corazon y alvedrio dependen de mí solo. — Escuso la viveza de vuestro primer movimiento; reflexionad y considerar cuanto debe ofenderme la repulsa. Reflexionad, principe y dentro de tres dias me respondereis difinitivamente. Advertid solo, que vuestro rey y padre no ha podido en vano empeñar su palabra real en asunto de tal consecuencia; y no me obligueis á que os mande como rey justamente irritado; lo que ahora os ruego como tierno padre. Don Pedro

salió del cuarto del rey sin desplegar sus labios.

Este refirió á Pacheco tcda esta conversacion, de la que fingió grande sorpresa, y díjo que era imposible que el príncipe persistiese en desobedecer á S. M. negándose á un enlace tan conveniente por todos respetos.

En esta época se recibió la noticia de que los moros habian hecho una irrupcion en una provincia lejana de Lisboa y el príncipe pidió al rey le enviase á atacarlos, quien le contestó que era preciso que antes de partir á recoger nuevas palmas, se hiciese pública la alianza con la infanta de Castilla; y en el siguiente dia, el rey, guiado de las amonestaciones de Pacheco, reunió su consejo é hizo llamar á don Pedro. Allí, en presencia de los personages mas ilustres de su corte, como si contase con la obediencia absoluta del príncipe, y despues de detallar todas las ventajas del proyectado enlace, declaró solemnemente que estaba decidido y que ámbos monarcas se habian dado mútuamente su palabra real. Acto continuo nombró el embajador que debia trasferirse á Castilla para acompañar la infanta y conducirla á Lisboa. Concluyó su arenga, y observando que su hijo guardaba silencio, se

lisongeó de que no osaria desmentirle ante una asamblea tan imponente. Pero don Pedro se levantó y dirigiéndose al rey, solicitó el permiso de contestarle en el acto lo que no habia querido escucharle antes de la asamblea y que le habia mandado meditar durante tres dias. Entonces reiteró con suma firmeza la negativa que habia manifestado ya á la primera propuesta. El rey indignado le respondió en tono amenazador, que queria ser obedecido. El honor me lo impide, repuso el príncipe. — ¡Cómo! *Soy casado*: INES DE CASTRO ES MI ESPOSA. A estas palabras la sala del consejo resonó con esclamaciones de sorpresa, que fueron generales á las que sucedió el mas profundo silencio. Al cabo de algunos minutos, el príncipe, levantando la voz y dirigiéndola siempre al rey, le dijo: conozco toda la estension de la falta que he cometido, pero debo declarar solemnemente que soy el solo culpado: Ines huía y se espatriaba para sustraerse á mi persecucion: todas las seducciones que inventa el amor hubieran sido inútiles para triunfar de su resolucion; asi es que tuve que emplear la violencia valiéndome de mil estratagemas. Seré fiel á mis juramentos hasta mi último suspiro,

y el *si* que he pronunciado al pie del altar será el solo de esta clase en todo el resto de mi vida. Sí Ines, á pesar de su juventud é inocencia, fuese objeto de la menor persecucion (lo que la justicia y equidad de mi rey y padre no me permite temer), la defenderé, y si fuere preciso moriré con ella. Pero que el enojo del rey se emplee solo en mí, y me someteré sin queja ni resistencia á todos los castigos.... Basta, basta, le interrumpió el rey, salid. El príncipe obedeció incontinente.

El rey, enfurecido, mandó arrestar al príncipe y que le condujesen á una prision de estado, lo que consternó á todos los habitantes de Lisboa, porque don Pedro, á pesar de sus defectos era muy querido de los portugueses (1).

Pacheco, á quien consultó el rey, dijo, que si se puediera obtener de Ines que consintiese en la anulacion de su matrimonio clandestino, seria facil que el príncipe volviese á entrar en la senda de sus deberes. Añadió que Alfonso, tutor de Ines, tenia con ella grande ascendencia, y que si él se encargase de tan importante comision, se lograria el efecto seguramente.

(1) Histórico.

El pérfido ministro, dando al rey tal consejo, pensaba que Ines desecharia la proposicion, y que el monarca entonces, aun mas irritado, creeria que Alfonso habria obrado de mala fé, pues Pacheco queria tambien perderá este cuya probidad y gran penetracion temia. El rey llamó á Alfonso y le suplicó lo que exigia de su fidelidad. Este reflexionó un instante y contestó que S. M. solo podria ser capaz de persuadir á Ines para que egecutase tan gran sacrificio; pero que seria menester no perder momento y partir inmediatamente, sorprendiendo á Ines antes que pudiese tener lugar de prepararse á tan temible entrevista; que hablándola bondadosamente el rey, á quien ella respetaba en gran manera, lo obtendria todo (1). Alfonso apoyó mucho este consejo con razones tan escelentes y oportunas, que decidió al rey á partir secretamente con él y sin la menor demora. Dejó á Pacheco una carta, en la que le instruia de su resolucion, añadiendo que la habia adoptado por sí mismo.

En el camino, Alfonso, solo en el coche con el rey, no le habló mas que de Ines, bajo

(1) Histórico.

el pretesto de instruirle de su carácter: le ponderó mucho la elevacion, pureza de alma y dulzura grande de su pupila y le contó las particularidades mas tiernas é interesantes de sus amores con don Pedro; no olvidó sembrar su relacion de algunas reflexiones sobre el cambio feliz que Ines habia operado en el carácter de don Pedro; en fin, le dió parte de que tenian un hijo hermosísimo, á quien ella misma daba el pecho. Dijo todas estas cosas sin afectacion, porque el rey enternecido progresivamente, le preguntaba con tal ahinco, que Alfonso conoció le iba interesando cada vez mas.

El rey, no hallandose cercado de la pompa real y de una corte engañosa, entregado á sí mismo volvia poco á poco á penetrar en el seno de la naturaleza; olvidaba las convenciones severas, y al llegar á Coimbra era solo un hombre sensible y padre compasivo. Entrando en el palacio de Ines, dijo á Alfonso: adelantaos para prevenirla, pero sobre todo no la atemoricemos. No, no señor, repuso Alfonso: Ines tiene tal confianza en vuestra real bondad, que vuestra augusta presencia no podrá causarla sino indecible alegria. Suspiró el rey y siguió á Alfonso, que le hizo atravesar muchas piezas;

en fin, abrió la puerta del gabinete de Ines, y se apartó para que pasase el rey, quien vió á Ines, sola, sentada en un sillon y teniendo en sus brazos un ángel de hermosura,... La beldad sobresaliente de Ines y la de su hijo causaron al rey tal enternecimiento, que no pudiendo contener sus lágrimas se tapó el rostro con las dos manos....

El estremecimiento que sobrecogió á Ines viendo al rey en su cuarto, es inesplicable; pero reparando que Alfonso le acompañaba, se alentó su agitado espíritu. Se levantó inmediatamente, se arrojó á los pies del monarca, y le presentó el niño: señor, esclamó con el acento que va al corazon; señor, castigadme á mí sola, pero dignaos conceder una mirada paternal á esta criatura inocente, y me consideré feliz....

El rey la alargó la mano, é Ines viendo que las lágrimas corrian de sus ojos, se levantó con su hijo; el rey abrió sus brazos, Ines se precipitó en ellos, y le abrazó estrechamente apoyando al niño sobre el corazon palpitante de su augusto abuelo: he aquí vuestro verdadero asilo, dijo sollozando: no deseo otro... ¡Feliz Ines! esclamó Alfonso; sois muy digna de go-

zar de tal triunfo: vence la inocencia y la naturaleza!... Basta, basta, dijo el rey; me es imposible resistir mas. Princesa de Portugal, mi corazon no ha podido menos de reconocer este niño como mi nieto; no desmentiré mis palabras. Y tomando al hijo de Ines le estrechaba contra su pecho prodigándole las mas tiernas caricias; no pudiendo contener mas los afectos de su corazon, abrazó y besó mil veces á Ines dándola el dulcísimo nombre de su querida hija (1). Ines en este instante, el mas precioso, el mas afortunado de su vida, pensaba sobre todo en don Pedro y esclamaba. ¡Ah!... ¡que no estuviera aquí!... No se atrevia á manifestar á Alfonso todo su agradecimiento, adivinaba bien que debia la dicha á la ingeniosa amistad de este hombre escelente mas sus miradas hablaban por ella... Alfonso, que en efecto habia previsto ó á lo menos esperado este feliz desenlace, gozaba deliciosamente de su obra.

El Rey quiso volver á Lisboa. Convinieron en que Ines declarada ya Princesa de Por-

(1) Histórico.

tugal, (1) no iria nunca á la corte y que se quedaria en Coimbra.

Ines acompanó al rey hasta el coche y el monarca la abrazo públicamente á la vista de toda la familia de Ines, que se hallaba reunida en el patio de palacio. Reconoció á Pedro el escudero de don Pedro y le dijo en alta voz que le recomendaba sirviese siempre con el mayor celo y dignidad á la princesa de Portugal.

Luego que el rey salió de Coimbra, se manifestó pensativo y cuanto mas se acercaba á Lisboa mas le acometia un sin número de ideas enteramente opuestas á las que le habian causado tan vivísimo enternecimiento; en vano Alfonso procuró distraerle hablándole de la felicidad suprema que iba á procurar á su hijo; aunque añadió suspirando no se le ocultaban los peligros de tal indulgencia.

Durante la corta ausencia del rey, Pacheco no habia tenido ociosa su inquietud ni su ódio; imaginando que la presencia de Ines enterneceria al rey, se ocupó en buscar medios eficaces para no solo debilitar tal impresion, sino para que á ella sucediese la cólera y con tan

(1) Histórico.

perversa intencion, escitó al pueblo para que se sublevase en favor del príncipe don Pedro. Este se aglomeró al rededor de la prision y pidió en tumulto la libertad de su príncipe amenazando hechar abajo las puertas. Se enviaron tropas que dispersaron fácilmente á los amotinados y se establecieron en todos los barrios cuerpos de guardia y patrullas, que daban á Lisboa el aspecto de una plaza en estado de guerra. El correo que Pacheco despachó con la noticia del tumulto, encontró al rey á dos leguas de Lisboa. La noticia exagerada prodigiosamente, produjo en el ánimo del monarca todo el efecto que se habia propuesto el infame ministro y se acrecentó cuando al atravesar las calles de Lisboa las vió llenas de tropa; lo que anunciaba temerse nuevos alborotos. Llegó á palacio y encontró á Pacheco que le aguardaba y que no se descuidó en decirle que la sedicion la habian escitado los amigos del príncipe. Oyéndole, esclamo el rey. ¡Y yo he tenido la debilidad de reconocer y aprobar su matrimonio! Estas palabras aterraron á Pacheco, pero disimulando y tomando su partido inmediatamente, dijo: pues bien, señor, no titubeis en declarar esta accion ege-

cutada ántes del alboroto y probareis asi que vuestra real clemencia no es efecto del temor: enviad á buscar al príncipe mientras que se reuna el consejo y alli le anunciareis al mismo tiempo su perdon y su felicidad; despues le enviareis á atacar á los sarracenos y durante su ausencia se reflexionarán despacio las medidas necesarias para precaver en adelante otra rebelion. El rey adoptó el parecer de Pacheco, porque le pareció prudente y generoso. Salió el príncipe de su arresto y fué conducido á la sala del consejo, en la que con la mayor alegría oyó de la boca de su mismo padre la proclamacion de Ines como princesa de Portugal. Don Pedro espresó al rey todo el reconocimiento de que su corazon se hallaba penetrado. Con vuestras hazañas debeis probarle, contestó el monarca: los moros invaden nuestras provincias y no hay duda tampoco que Castilla no tardará en declararnos la guerra; partid, arrojad de Portugal á los infieles y con brillantes acciones justificad mi clemencia y bondad paternal.

Don Pedro sin perder instante reunió sus tropas y un sin numero de voluntarios que se apresuraron á alistarse bajo sus banderas. El

amor y el marcial entusiasmo que se manifestaron por el príncipe en todo el reino, fueron pintados al rey como resultado de las intrigas de sus amigos y el monarca asustado con insinuaciones pérfidas creyó temer ademas de guerras esteriores todo el peligro y consecuencias de alborotos interiores y las empresas de las facciones mas audaces.

Partió el principe para el egército: su camino derecho era pasar por Coimbra, en donde se detuvo dos horas solamente para ver á Ines y á su hijo: entró en la ciudad al ruido de las aclamaciones del inmenso pueblo que gritaba sin cesar: ¡viva el príncipe don Pedro! ¡viva la princesa! La escelente y benéfica Ines era adorada de toda la provincia, por lo que todos los habitantes celebraron con estraordinaria alegria su elevacion al principado. Pero Ines sin desdeñar estas demostraciones que debia al amor, no podia menos de afligirse considerando que su esposo iba á esponerse á todos los peligros de la guerra. Como le vió en el colmo de sus deseos, juzgó prudente ocultarle sus temores y funestos presentimientos. Don Pedro mismo al despedirse de la princesa sintió cierta opresion de corazon

que no supo á que atribuir. Tan pronto como desapareció á los ojos de Ines, cayó esta en un sitial y sin poder dar curso á sus lágrimas, miró fijamente la puerta que acababa de cerrarse tras de él y permaneció una hora en este estado de estupor é inmobilidad. Estaba sumergida en su letargo, cuando las damas de servicio nombradas por don Pedro llegaron de Lisboa para permanecer cerca de su persona real, entraron anunciando á la princesa que el salon de palacio estaba lleno de personages los mas ilustres de la ciudad, que deseaban presentarla sus respetos. ¡Ay de mi! contestó Ines, ¿me hallo en estado de recibirlos? ¡Como vienen á felicitarme cuando tiemblo los peligros que van á cercar á mi esposo! Sin embargo se levantó y esforzándose cuanto pudo, compuso sus facciones y salió para escuchar arengas y permanecer dos horas en medio de doscientas personas. La desgraciada debia conocer de la grandeza de su rango, solo las duras incomodidades de la etiqueta que la imponia la obligacion de ocultar en el fondo de su alma sus quejas y pesares.

Aquella noche hubo iluminacion general y muy brillante en Coimbra y grandes juegos

de artificio. Todos los jóvenes de la ciudad con instrumentos músicos y mil hachas de cera, recorrieron las calles entonando himnos alusivos y cantando canciones bajo los balcones de sus queridas, esperando que celebrando asi el himeneo feliz de Ines y de don Pedro, el amor favoreceria sus inclinaciones. La desgraciada princesa que pensaba solo en la guerra contra los moros, no podia soportar estas demostraciones de fiesta y regocijo público que atravesaban su corazon. Aun no habia tenido valor de volver á visitar el castillo en donde habia pasado los años tranquilos de su infancia y de su primera juventud, temia hallarse en el sitio en que reposaban las cenizas de su abuela; mas sentia tal necesidad de alejarse de una ciudad en que todo respiraba alegria, que resolvió incontinente ir á pasar algunos dias en sus posesiones. Partió sola á las nueve de la noche y tardó en llegar menos de dos horas. Fue al instante á la capilla en donde estaba el sepulcro de Melinda y prosternada le regó con sus lágrimas. El pesar íntimo de haberla perdido parecia aliviar algun tanto su inquietud interior; era, digámoslo así, una especie de distraccion de otro dolor mas vivo y profundo.

Despues reconoció todo el castilio, y cada paso que daba la retrataba un recuerdo que su situacion actual hacia amargo. Al cabo de dos dias que se hallaba en este parage, llegó Alfonso que pasaba por Coimbra dirigiéndose al cuartel general del príncipe don Pedro. Colmó la tristeza de Ines diciéndola que lo lejos que estaba el príncipe y la obligacion en que él mismo se hallaba de partir á la guerra le hacia concebir temores por la seguridad de Ines; no la ocultó que habia descubierto en Pacheco ciertos rasgos de duplicidad que le persuadian que este ministro tan poderoso mantenia contra ella un odio implacable y la ofreció conducirla á un retiro seguro, á cinco leguas de Coimbra en casa de un pariente suyo en donde podría permanecer oculta hasta que volviese el príncipe. Añadió que podria escribir á sus damas diciéndolas que habia recibido aviso de don Pedro para que se aproximase á su persona yendo á habitar incognita á una de las ciudades vecinas del teatro de la guerra y que en la noche de aquel mismo dia partirian acompañados de una sola criada. ¿Pero qué temeis me suceda? dijo Ines. ¡Ah! contestó Alfonso ¡que no puede temerse de una alma tan vindi-

cativa y capaz de aborreceros! ¡ Temo que os sorprendan y que un rapto... que atenten contra vuestra libertad para hacersela rescatar despues á don Pedro á precio de condiciones las mas odiosas. En fin ignoro lo que piensan egecutar; pero estoy muy cierto que se urde en este instante un compló contra vuestra persona; sé á no poder dudarlo, que Gonzalez y Coello, dos cortesanos viles criaturas de Pacheco, han hecho dias pasados un viage secreto á Coimbra. Por Dios os ruego que no desecheis mi consejo: poneos á cubierto de tan pérfidas intrigas... huid, huid. — No, no, yo no puedo adoptar tal partido sin el consentimiento de mi esposo. — Os lo ordenaria si supiese todo lo que ya he descubierto y reflexionad que obligado á partir yo mismo y á ir ántes de transferirme al cuartel general de S. A., á reunir algunas tropas en parage donde el no se halla, no podré hablarle sino de aquí á tres semanas lo menos. ¡ Qué acontecimientos tan graves pueden ocurrir en este tiempo! Alfonso: no obedecí la voluntad maternal; he sido indócil, temeraria, presumida, si se me castiga me resignaré á mi destino. — ¡ Me atravesais el corazon! ¡ Estará escrito que no me será posible

seros útil en ninguna de las circunstancias de vuestra vida! — Podeis serlo en cuanto á lo que me es mas precioso que la existencia misma Coimbra será mi único asilo, pues que es el que ha escogido mi esposo; pero acepto para mi hijo el que me ofrece: pongamos en seguridad este infante hasta la vuelta de su padre; le he traido conmigo y ya está destetado; dire en Coimbra que le he enviado por algun tiempo á que respire el aire de las montañas, necesario para su salud. Conducidle vos mismo en casa de vuestro amigo, acompañado de una de mis criadas, la sola que deberá seguirle y que esta prueba que os doy de mi confianza íntima y perfecta, sirva para con vos de espiacion de todas mis faltas.

A este discurso Alfonso no pudo contener sus lágrimas; pero viendo que era imposible vencer la resistencia de Ines, se encargó del niño infante y partió lleno de inquietudes y tristeza.

Ines, privada de su esposo, de su hijo y del amigo mas fiel y vigilante, se halló poseida de un terror pánico que no podia dejarla: volvió á Coimbra y halló enfermo en cama á Pedro su escudero. Era el único de la familia de quien

podia confiarse y faltándola hasta este último apoyo no tuvo límites su dolor: esperando ya siempre un acontecimiento siniestro, pasaba los dias sumamente agitada, y las noches desvelada y con sumo temor. Si el cansancio natural la adormecia, despertaba despavorida, creyendo siempre que sentia ruido, y que asaltaban su casa para transferirla á algun parage oculto y lejano. Sus inquietudes en cuanto á la suerte de la guerra, superaban aun de los tormentos que la causaban sus demasiados justos temores: en fin, existia únicamente para temer y sufrir. Sin embargo, recibia á menudo los correos que el príncipe la despachaba desde el egército, y al cabo de un mes llegó uno que suspendió todos sus males. Habia ganado don Pedro una gran batalla, y su salud era perfecta; pero los moros no habian sido aun espulsados enteramente de Portugal y era preciso perseguirlos y arrojarlos enteramente de sus fronteras. El primer movimiento de Ines fue alegrarse estraordinariamente; sintió la especie de gozo que no puede esplicarse con palabras; que no puede pintarse tampoco, y que se demuestra derramando deliciosas lágrimas.... Pero la alegria escesiva concluye muy luego.

Ines, despues de haberse entregado enteramente á impresion tan viva, volvió á sumergirse aun mucho mas en su acostumbrada tristeza. ¡Ah! se decia á sí misma, ¿habrá dicha para mí? ¿Puede hallarse en un rango que nos saca de nuestra situacion natural? El estado en que nos criamos suele parecernos siempre una especie de usurpacion; aquellos con quien logramos igualarnos nos desdeñan y aborrecen; y los que quedan nuestros inferiores nos envidian.... ¡Ah! ¡Cómo se equivocan! Sufro todos los tormentos que pueden afligir á una madre y esposa.... ¡cómo he desconocido la dicha que se disfruta en la obscuridad!.... ¡Desgraciada! mi verdadero protector no puede defenderme, y mi hijo está mas seguro en estraño asilo que en mis brazos.... Nada podia distraer á Ines de tan tristes reflexiones y la penetraron tanto, que se resintió su salud por lo general muy robusta.

Pocos dias despues de la noticia de la victoria que habia conseguido don Pedro, recibió Ines una carta de don Alfonso, en la que decia que habiéndole encargado el príncipe una comision secreta para ella, llegaria muy poco despues que su carta. Ines aguardó este mo-

mento con estrema impaciencia. Adivinó que no habiendose reunido Alfonso al príncipe sino en el acto de la batalla, no habria podido comunicarle sus temores que poco tiempo despues y que don Pedro la enviaria la órden de salir de Coimbra, un secreto presentimiento la advertia que si pudiera marchar sola y sin ninguna comitiva, evitaria el mas lúgubre destino. Habia entregado su hijo á la única persona en quien tenia confianza, esceptuando Pedro; pero este continuaba muy enfermo. En fin, tenia la certeza, á lo menos, de que Alfonso se hallaba en camino, que vendria á buscarla para reunirla con su hijo en un asilo, á cubierto de toda persecucion. Le parecia que la presencia sola de tan incomparable amigo, disiparia todos sus temores y la preservaria de toda desgracia; conocia su celo, actividad y generoso cariño; le consideraba corriendo á su encuentro y viajando noche y dia para llegar mas presto: le suponia y con razon, muy cerca ya de Coimbra; esperaba por minutos este tan deseado regreso y al mismo tiempo, sin saber por qué, no le aguardaba. Una voz interior la gritaba sin cesar: *no llegará á tiempo*.... Durante aquel dia se halló sumergida en

una especie de distraccion mental, tan estraña, que no veía ni oía nada de lo que pasaba á su rededor. No siendola posible permanecer quieta en ningun sitio, y deseando sustraerse á la importuna sociedad de sus damas, recorria sola el palacio y de cuando en cuando se paraba y estremecia creyendo que oia subir las escaleras precipitadamente, ó que sentia el ruido de un coche que entraba en el patio de palacio. Este movimiento de su espíritu alterado se hallaba mezclado alternativamente de alegria y de espanto no pudiendo discernir si venian para llevársela forzadamente, ó si era Alfonso, su amigo, su libertador.... Una reflexion muy natural colmaba su espanto: imaginaba que si Pacheco tramaba en efecto contra ella algun designio pérfido, no debia perder tiempo para ejecutarle, pues que el príncipe estaba próximo á reinar en Lisboa, cubierto de laureles inmortales, y que siendo cada vez mas dígno de la admiracion y del amor de sus pueblos, tendria mayores medios de protejerla y defenderla. ¡Ah! decia, ¡su misma gloria nos será perjudicial, pues que los traidores han hallado medio de hacerle sospechoso con el rey su padre! Si viene tan pronto que

pueda salvarme, será perseguido personalmente por mi causa.... Si sucumbo á los esfuerzos, del ódio que me profesan, querrá vengarme, y para conseguirlo se perderá él mismo, si menester fuese.... El fiel Alfonso será envuelto en nuestras desgracias; ¡qué premio de fidelidad tan tierna y magnánima! y en medio de esta lucha terrible ¡qué será de mi hijo!.... ¡Ay hijo mio, objeto de toda mi ternura, y por quien mas temo la catástrofe! ¡tú, tú serás la víctima inocente y pura del rigoroso destino de tu imprudente madre! Estas ideas la abatian enteramente, veia solo abismos y ningun consuelo podia aliviar su imaginacion sobrecogida: el peligro le parecia tan inminente que cada minuto aumentaba mas y mas la turbacion de su alma. Ocurrió en aquel mismo dia un acontecimiento que acabó de sumergirla en la desesperacion. Pedro, viéndose á los últimos, avisó á la princesa por medio de una criada que no se apartaba de su cabecera, que tenia que decirla una cosa de la mayor importancia. Ines se transfirió inmediatamente al cuarto en que yacia postrado el enfermo, y le halló espirando. Sin embargo, oyendo la voz de la princesa, abrió sus ojos moribundos y haciendo un

esfuerzo la dijo: desconfiad de.... ¿de quién? ¡Dios mio!..... El escudero no pudo continuar y exaló el último suspiro, llevándose al sepulcro un aviso importante. Ines vertió copiosas lágrimas, se quedó en mortal incertidumbre y fue á encerrarse en su gabinete; hechándose en su cama repetia sin cesar: ¿de quién debo desconfiar?.... Quiso preguntar á la criada que habia asistido á Pedro y supo que se habia ausentado de palacio precipitadamente. Ines ocultó á su familia el funesto coloquio que habia tenido con su escudero, pero esta idea la perseguia sin cesar. Parece que todo se reunia para asombrar su imaginacion. Los astrónomos tenian anunciado para el dia siguiente un denso eclipse (1). Las ideas supersticiosas hacian temer generalmente este fenómeno, é Ines participaba tambien de tan vanas inquietudes. Aquella noche se acostó mas tarde de lo que acostumbraba; huía de la sociedad, y al mismo tiempo temia el silencio de la noche. Entre las agitaciones que causa un sueño convulsivo, soñó que veía á su hijo acostado en un cuarto

(1) Hácia aquel tiempo ocurrió efectivamente el eclípse de sol mas completo que se habia observado en Europa. Véase el *diccionario de Bomare* palabra *eclípse*.

tendido de bayetas, negras y á Alfonso de luto bañado de lágrimas y de rodillas junto á la cuna del infante.... Despertó estremeciéndose y palpitándole el corazon, llamó á sus criadas y se vistió, tan taciturna, que su misma razon á pesar de los esfuerzos de la reflexion, permaneció en absoluto abatimiento. Se acercó á una ventana, abrió las vidrieras y se apoyó en la barandilla de un balcon desde donde se descubria el Mondego, y á lo léjos sus riberas encantadoras, sembradas de bellísimas plantaciones y de casas de campo. Amanecia; Ines distinguió una bonita choza medio oculta por el ramage copudo de los tilos y limoneros. No podia apartar la vista de aquella humilde habitacion. ¡Que no haya yo nacido en ella! decia: ¡allí son desconocidos los complós qne engendra el ódio y la envidia de los palaciegos! humilde estancia del reposo, sin crímines, sin ambicion y sin orgullo, ¡cómo te trocaria por las suntuosidades de una corte corrompida, y por los respetos falsos é hipócritas!.... Mas ¡qué digo! Infeliz de mí. ¡La ternura maternal no me habia preparado el destino mas puro y tranquilo! Si yo no hubiera despreciado su prevision, disfrutaria actualmente de una vida so-

segada y feliz ! ¡ Ah ! si el amor me hubiera espuesto á mí sola, pudiera arrepentirme de amar !.... ¡ Pero mi fatal enlace reune tantos peligros sobre mi adorado esposo y espone tanto á mi hijo ! ¡ Y aun tal vez este imprudente matrimonio atraerá sobre mi patria todas las calamidades que acompañan á la guerra civil, y tan terribles resultados serán el amargo fruto de mi locura !.... Suframos, gimamos sin mormurar pues que tanto he merecido mi suerte. Quiera el cielo aceptarme en holocausto como sola víctima en este sacrificio. Hablando así, Ines, elevó sus ojos al cielo y se estremeció sobremanera observando que la claridad del dia en lugar de aumentarse con la aparicion de su astro refulgente, se disminuia sensiblemente... Era el mes de agosto : el aire abrasaba, y parecia que toda la naturaleza anunciaba el trastorno mas espantoso ; se oían á lo léjos el bramido del toro y del búfalo, las aves volando se tropezaban unas con otras y caían al suelo amortiguadas, como si el espanto las hubiera privado de sus facultades naturales: el sol, ocultando su luz y sus rayos gradualmente, parecia que abandonaba la creacion consternada y que la destinaba á ser víctima de la catástrofe mas

terrible.... Un velo espeso y sombrio se esparcia sobre todo el espacio de las orillas deliciosas del Mondego: Ines distinguia apenas las casas y los árboles; creía que toda la naturaleza se desviaba, que la huía, asi como desde un navio, cuando sale del puerto, se retiran todos los objetos á la vista de los que navegan que muy luego quedan reducidos á contemplar solo el inmenso mar.... ¡Asi es como escapan de nosotros en la vida la felicidad fugitíva y la alegria engañosa!.... Ines, débil y temblando, estaba penetrada de esta dolorosa y profunda melancolía que sobrecoje el alma enteramente, dejando lugar solo para el sufrimiento. Pudiendo apenas sostenerse, volvió á entrar en su gabinete y llamó á sus criadas. Un ayuda de cámara que la servia con increible puntualidad fue el primero que se presentó, y reparando que su señora iba é desmayarse, la acordó que estaba en ayunas, y la presentó un vaso de café, que Ines aceptó: lo bebió y el ayuda de cámara se retiró inmediatamente. Se quedó sola, y al cabo de dos ó tres minutos se sintió tan indispuesta por segunda vez, que llamó á sus criadas. Pero nadie respondió.... No podia recurrir á sus damas, porque estaban alojadas al

otro estremo del edificio.... Volvió á llamar muchas veces, y siempre inutilmente.... Entonces la desdichada repitió sollozando las últimas palabras que profirió Pedro antes de espirar: *Desconfiad de....* ¡Y qué! esclamó horrorizada; ¿me abandona el universo entero? Sin embargo, el espanto reanimó sus fuerzas desfallecidas, y por la última vez, llamó en alta voz.... La puerta de su cuarto se abrió repentinamente, y vió antrar en lugar de las criadas, tres hombres con puñales en sus manos.... Quedó petrificada.... Eran Pacheco y sus dos infames satélites, Gonzalez y Coello (1), que la rodearon inmediatamente. En vano la inocente víctima se esforzó llamando en su defensa al amor y á la amistad; el primero estaba muy lejos de imaginar tan atroz asesinato, y la segunda *llegó tarde*. Ines estaba sola y entregada sin remedio á toda la barbarie que engendra la furia, el ódio y la cobarde venganza.... Sin embargo, Pacheco, considerando esta flor sin mancilla, se quedó suspenso; contemplaba con desesperada ferocidad la celeste hermosura que habia despreciado sus ofertas; cuanto mas la ad-

(1) Histórico.

miraba tanto mas se aumentaba su rábia insaciable.... La desgraciada Ines de Castro, princesa de Portugal se arrodilló, no con ánimo de implorar la piedad de sus verdugos, sino para pedir al cielo su última súplica. ¡Dios mio! ¡Dios mio! decia fervorosamente; protege á lo menos á mi esposo y á mi hijo.... ¡Tu esposo! esclamó el furioso Pacheco; tu esposo pagará caramente tu insensato amor; sabrá alcanzarle mi venganza, y muy pronto os reunireis en el sepulcro.... He sabido ganar á todos tus criados, deshacerme de tu insolente escudero y apoderarme de tu palacio. Me has desdeñado, despreciado, y esta mano que queria unirse á la tuya, y de la que siempre fuiste indigna; esta mano que desechó tu insolente orgullo, quiere solo sangre, sangre.... Vas á perecer.... Como sin embargo, de que pronunciaba semejantes palabras, se mantenia en el mismo sitio, una nube sombría pareció descender é interponerse entre Ines y Pacheco para ocultarle su victima.... Ines, haciendo un esfuerzo y animada con la mas débil esperanza se arrastró hácia una puerta que habia al otro estremo de la pieza. Pacheco, creyendo que Ines trataba de sustraerse á su cruelísima venganza, se adelantó para

agarrarla ; pero en esta obscuridad , pegó contra una mesa de mármol y cayó al suelo.... En vano huyes , esclamó el monstruo ; es imposible que escapes de tu suerte ; un veneno mortal circula por tus venas.... Queria por mí mismo asegurarme de mi venganza y concluirla lavando con tu sangre la verguenza mas cruel de mi vida.... Pero si huyes y escapas á mi acero, no por eso creas que te sustraeras á la muerte. Ines creyó oir la voz de su destino inexorable : la abandonaron sus fuerzas y cayó desmayada.... No obstante , los cómplices del infame Pacheco le dijeron que les costaria mucho, con tal obscuridad , hallar el camino para salir sin que los viesen, apesar de las llaves de que estaban provistos. El execrable ayuda de cámara que habia introducido á estos asesinos por una puerta falsa, vino para guiarlos, los condujo y salieron. Montaron á caballo y partieron ; pero la providencia los permitió huir, reservando para en adelante los terribles castigos que merecian la enormidad de sus crímines (1).

(2) Histórico. Pero esta escena desastrosa es mas horrible leyendo la historia autentica de aquellos tiempos ; en esta novela ha suprimido el autor algunos incidentes aun mas horrorosos del feroz Pacheco y de sus cómplices. (*Nota del traductor*).

Todos los criados de Ines, escepto los que guardaban las puertas principales, fueron corrompidos por Pacheco con el metal que coadyuba tanto á la opresion del género humano; al mismo tiempo que en poder del hombre virtuoso, es causa de acciones heroicas y benéficas. Todos habian huido. Quedaron únicamente, en otro edificio contiguo, dos pages, un escudero y los criados de caballeriza: pero las puertas que comunicaban con el palacio estaban siempre cerradas por dentro, del lado que habitaba la princesa, y era costumbre abrirlas á las nueve de la mañana; aun no eran las siete en el momento que sucedió la catástrofe, y todo el mundo dormia aun. Las damas no despertaron sino despues que habian marchado los asesinos. Las criadas, asustadas con los efectos del horroroso y total eclípse, estaban sin luces. Se vistieron en tinieblas, llamaron, y el silencio que reinaba en palacio las asustó aun mucho mas que la obscuridad.... En este instante se oyó un gran ruido á las puertas de palacio; abrieron.... Era Alfonso guiado de sus criados con hachas encendidas entró, y aterrorizado con los efectos de esta noche prematura, atravesó todas las piezas. Todos los que le seguian

participaban de su sorpresa y espanto.... Encontró á las damas de la princesa: las hizo mil preguntas, y sus respuestas acrecentaron su turbacion.... Se le representaba aquella noche terrible en que por la primera vez vió y contempló el triste objeto de sus primeros amores; á la difunta Antonia.... Al entrar en la habitacion de Ines, la llamó con voz trémula y lamentable.... El profundo silencio que reinaba en el aposento, no le dejó dudar ya la realidad de la mayor desgracia; pero estaba muy léjos de adivinar la maldad inaudita que acababa de consumarse.... ¡Gran Dios! esclamó, ¡se la han llevado!.... En este momento empezaban á disiparse las tinieblas del eclípse. Alfonso vió una puerta abierta en frente de por la que habia entrado: quiso visitar la pieza donde daba, y al dar el primer paso dió un agudísimo grito.... Vió á Ines lívida, cerrados los ojos, sin señal del menor movimiento, y tendida en el suelo.... Creyó que ya no existia; pero sin embargo, la tomó en brazos y la echó en la cama.... Así es, esclamá deshecho en llanto, como ví á tu madre desdichada... La desgracia no puede concluir para mí....; se renueva con el mismo horror, con los mismos tormentos.

Las damas de la princesa la prodigaron todos los socorros propios á hacerla volver en sí; y consiguieron que manifestase algunas señales de vida. Alfonso, transportado de gozo, volvió á concebir esperanzas; creyó renacer con Ines. Esta pudo en fin abrir sus ojos, vidriados con la aproximacion de la muerte: los clavó en Alfonso; le alargó su mano helada, y con muy débil voz, aunque enérgica, le dijo: caro Alfonso; bendigo el cielo pues me concede el veros por la última vez....— ¡Qué decis¡ animaos, reparad que me hallo á vuestro lado, y que en adelante nada será capaz de turbar la tranquílidad de vuestra preciosa vida; yo respondo y para siempre, de vuestra seguridad.— Ya no es tiempo.... llegais demasiado tarde....—¡Cómo!....—¡Me han envenenado!... ¡Justo Dios!.... pronto, volando, que los socorros mas eficaces....— Serán inútiles.... Moderad la cólera de mi esposo; decidle solo que su Ines moribunda le ruega honre su memoria con la clemencia real!.... A Dios...., amigo fiel...., vigilad sobre la persona de mi hijo.... Dios mio, dignaos escuchar el último ruego de mi corazon; perdonad mis debilidades y mi imprudencia; proteged á los que amo como esposa, ma-

dre y amiga, y que yo no sea ni olvidada ni vengada.... A estas palabras y mirando fijamente á Alfonso que la tenia en sus brazos, tomó su mano, la apretó contra su corazon y reclinando la cabeza sobre el pecho de este hombre virtuoso, entregó su espíritu al Omnipotente.... ¡Cómo espresar la desesperacion del generoso y sensible Alfonso!.... Estos momentos de agonia y de horror tan inesplicables, renovaron todos los pesares de su juventud: próximo á sucumbir con el agudísimo dolor de tantas penas reunidas, pálido, tanto como la difunta y fuera de sí, abrazaba estrechamente el cadáver de la víctima del amor y del ódio.... Creia identificarse con ella saboreando su profundo dolor.... Su escudero le arrancó del aposento lúgubre y le condujo casi sin conocimiento á una pieza bastante apartada de sitio tan lamentable.

Mientras que pasaban en Coimbra estas escenas trágicas, caminaba hácia Lisboa el bárbaro Pacheco. Antes de emprender su viage habia logrado asustar al rey sobre el peligro de la guerra con Castilla y al mismo tiempo pudo conseguir tambien desgraciar á Ines en la mente del monarca, que le ordenó arrestar-

la él mismo, en el caso que se negase á firmar su consentimienio para el divorcio. Pacheco, antes de partir, esparció el ruido de que Ines se hallaba enferma de peligro. Y cuando volvió de consumar el crímen, dijo que no habia llegado á Coimbra porque en el camino supo el fallecimiento de la princesa.

Don Pedro concluyó su espedicion contra los moros mucho mas presto que lo habia creido Alfonso y volvió triunfante á la cabeza de su egército. El correo que Alfonso despachó al príncipe participándole la catástrofe de su adorada esposa, le encontró no distante de Coimbra y le entregó la carta, cuya noticia habia de trastornar para siempre su carácter y destino. Cuando llegó el mensagero habia entrado don Pedro con Alvarez y García, y por algunos instantes, en una casa aislada que estaba en el camino.... Asombrado como si un rayo cayese sobre su cabeza, se quedó extático, petrificado y sin proferir la menor palabra.... Alvarez y García, en presencia del príncipe, hicieron algunas preguntas al correo, quien respondió que el perverso ayuda de cámara que dió el veneno á la desdichada princesa habia sido buscado y preso por Alfonso, y que con-

vencido tambien de haber envenenado á Pedro, habia confesado todos sus crímenes declarando ademas que Pacheco y sus cómplices le habian sobornado hacia mucho tiempo; añadió el correo que el reo habia sido sentenciado en la mañana de aquel mismo dia, con otros criados denunciados tambien por él, que se habian ocultado el dia del crímen y que presos confesaron lo mismo que el ayuda de cámara. Mientras que el correo referia estas particularidades, Alvarez y García lloraban amargamente. Se acercaron al príncipe para decirle algunas palabras de consuelo; pero don Pedro, fijando la vista en ámbos y vertiendo fuego sus ojos, esclamó: amigos, no son lágrimas las que es necesario verter; sangre, sangre...., arroyos de sangre..... que nadie me hable ya mientras exista de moderacion, de humanidad. de gloria.... Mi pecho abriga un solo sentimiento, un solo y vivísimo deseo; aborrecer al género humano y la vida misma.... Ya no me posee mas que una pasion, la venganza.... A estas palabras, se volvió hácia el correo y le ordenó volviese inmediatamente á Coimbra y que dijese á Alfonso que viniera sin perder momento á aquel mismo parage en donde su príncipe

le esperaba. Despues escribió al rey, pidiéndole con la mayor energia, le entregase á Pacheco, Gonzalez y Coello, y concluyó la carta con estas palabras: »Si vacilais, señor, en entregarme á ese monstruo infernal y sus cómplices, reflexionad que mando un egército victorioso, y que estoy desesperado.»

Luego que despachó este segundo correo á Lisboa y que comunicó varias órdenes, arengó á sus tropas pidiéndolas le asegurasen en su venganza. Todos los soldados se horrorizaron y enternecieron al oir de boca de su idolatrado príncipe y general el fin trágico de Ines de Castro; solo se oyó un grito, pero tan agudo y sonoro, que su eco repetido llegó pronto hasta Lisboa. ¡Venganza! gritaron al mismo tiempo oficiales y soldados; y acto continuo juraron por aclamacion seguir en todo á su desdichado príncipe y obedecerle hasta verter la última gota de sangre.

El dolor de don Pedro no solo no era tierno y patético; sino que espresaba cierta ferocidad estraordinaria que hacia temblar á todos: como que se gozaba cruelmente en su mismo sufrimiento. Esclamando sin cesar con palabras horrorosas sobre la pérdida de su adora-

da esposa, evitaba pronunciar ninguna de aquellas espresiones que la delicada y profunda sensibilidad halla tan naturales. Muy al contrario; queria, deseaba absolutamente agravar sus males, con el objeto de que la venganza fuese mas terrible é inaudita.

Llegó Alfonso en el instante en que don Pedro apartandose de sus tropas, volvia á entrar en la casa de campo. Reparando en este fiel amigo de Ines mostró un enternecimiento que no habian observado en él desde que supo la infausta noticia; pero muy luego, indignado contra sí mismo por haber dado esta muestra de sensibilidad natural, se enfureció de nuevo y no enjugó sus lágrimas; las arrancó de sus ojos con ámbas manos aumentando mas de este modo el fuego que los devoraba. Alfonso, dijo el príncipe con voz muy severa, Alfonso; ¿por qué habeis dispuesto del envenenador? Señor, respondió Alfonso, no he dispuesto de él le he entregado á la justicia. — ¡La justicia!...: para castigar tal crímen yo solo, *yo soy la justicia*.... — El reo ha sido egecutado.... — Aun deberia existir para sufrir horribles tormentos. — Señor; las últimas palabras de la princesa han sido implorar vuestra clemencia y humanidad

para con.... — No acabeis; quiero ignorarlas para siempre.... — Me ha mandado que os las comunique; y yo se lo he prometido.... — Pues yo os lo prohibo.... Su fallecimiento me franquea de una obediencia que nunca hubiera desmentido; el amor, la admiracion, nuestra felicidad mútua eran suficiente garantia. Hoy solo me queda un deber que cumplir.... Vengarla. — Señor, todavia podreis emplear mejor el dolor tan justo que os causa y que nos causa á todos su pérdida; un deber sublime, sagrado, es el que á vuestros pies y en nombre de la víctima os pido cumplais: honrad su memoria con vuestras virtudes. — Haciendo sentir su muerte, vengándola es como honraré su memoria.... Todos saben el imperio absoluto que egercia en mi alvedrio, y de qué modo habia conseguido templar, que digo templar, cambiar enteramente mi carácter impetuoso.... Quiero que sientan lo que han perdido sacrificando este ángel tutelar. Todas las almas participarán de mi dolor desmesurado; el Portugal entero la llorará hasta que concluya mi existencia.... — No, no, Señor; el príncipe generoso á quien tanto amó Ines de Castro, debe obtener el amor de todos sus pueblos.... — El esposo que ella amó tanto,

quiere solo inspirar el terror y el ódio.... (1) No hablemos mas de esto. Decidme, Alfonso, ¿qué habeis hecho del cadáver de mi esposa?... Está depositado en la catedral de Coimbra.— ¿Me respondeis de la seguridad de mi hijo?— Sí, señor. Continua en asilo ignorado, pero confiado á personas fieles.—Vigiladle: os confio su vida y educacion. Vivid Alfonso para inspirarle las virtudes de su madre: él será quien retrace su memoria....; yo cumpliré mi funesto destino; pero quiero que el hijo de Ines sea amado de todos (2).

Alfonso, asombrado de esta conversacion, se volvió á Coimbra con una pena mas, la de gemir de antemano por la suerte de los pueblos que este desgraciado príncipe debia gobernar.

Don Pedro, á la cabeza de sus tropas partió inmediatamente con la celeridad de un torrente desvastador; cayó sobre las provincias en

(1) En efecto, el príncipe don Pedro de Portugal, despues de la catástrofe de Ines de Castro, mostró una ferocidad igual á su desesperacion: él fue quien luego que subió al trono, con nombre de Pedro I. tuvo el horroroso apodo de *Pedro el cruel de Portugal*. (*Nota del traductor*).

(2) Este niño reinó despues con nombre de Juan I.

que se hallaban situadas las haciendas y posesiones inmensas de Pacheco y de sus cómplices; las desvastó sin piedad, mandó cortar todos los árboles y destruir las labranzas : derribó y quemó los castillos y habitaciones; y su furor insaciable aniquilando la abundancia é inutilizando la fecundidad de los campos, no dejó mas que ruinas, escombros y cenizas (1).

Mientras que el principe de Portugal se entregaba á los escesos de su desenfrenada venganza, Pacheco instruido de sus furores hacia el mayor esfuerzo para determinar al rey á que mandase marchar tropas contra el egército de su hijo; pero entre tanto murió el rey repentinamente. Estos asesinos llegaron felizmente á Castilla y la reina viuda los siguió muy luego. Don Pedro en cuanto recibió la noticia se dirigió hácia Coimbra. En cuanto llegó mandó colocar el féretro de su esposa en un carro triunfal, en el mismo que iban tambien Alfonso y el niño príncipe. Era hermosísimo en estremo; le llevaba Alfonso en brazos y ámbos iban vestidos de luto muy rigoroso. El rey don Pedro I. y todos sus principales oficiales á ca-

(1) Histórico.

ballo, escoltaban el carro triunfal; todo el egército seguia con las armas á la funerala en señal de duelo: los soldados iban coronados de laurel y ciprés, mezclándose de este modo el dolor y la gloria que tan valerosamente habian adquirido venciendo y arrojando á los sarracenos de las fronteras del reino Lusitano. Este egército victorioso y lúgubre, hizo su entrada en Lisboa de noche y por órden del nuevo rey todas las calles estaban iluminadas y tendidas de bayetas negras. Cerca de la puerta principal de la ciudad habian construido un arco de triunfo, iluminado con una multitud de antorchas fúnebres y adornado con un sin número de guirnaldas tejidas con ramas de laurel y de ciprés. Pasó por este arco el carro triunfal y toda la comitiva, y ya esperaba el clero que recibió el cuerpo difunto, entonando los hímnos de la religion. Seguia un pueblo inmenso con la mayor compostura y silencio, solemnizando así acto tan tierno y patético. Ningun regocijo público celebró el principio de un reinado que empezaba bajo tan tristes auspicios.... Ninguna aclamacion interrumpió los cantos lúgubres del dolor y de la muerte.... La juventud del rey, su valor acreditado y su trá-

gica desgracia, le hacian muy interesante á todos sus vasallos; todos los pechos se enternecian de lástima y de terror. Esta consternacion universal era el único homenage que podia agradar al rey; se hallaba en armonia con la situacion de su alma abatida y trastornada. La melancolía era en él negra tristeza, y su dolor irritacion furiosa, que la religion sola hubiera podido tranquilizar; pero rechazaba sus auxilios benéficos; creia equivocadamente que la ferocidad con que demostraba sin cesar su profundo resentimiento, era prueba de gran carácter, mientras que al contrario, la violencia, siendo siempre el abandono de la razon, ningun grado de fuerza moral ha podido hallarse jamas en el desarreglo de una pasion tan furiosa. El esfuerzo heroico en las situaciones desesperadas, reside enteramente en la paciencia, la calma y la moderacion. Toda la comitiva se dirigió á la iglesia metropolitana, en donde el féretro de la princesa fue colocado sobre un túmulo magnífico. Concluidas las exequias, se retiró el rey precipitadamente y fue á encerrarse en palacio. Le preguntaron á que hora recibiria el dia siguiente en la sala del trono, á las diversas corporaciones del estado que

debian presentarse para hacer el juramento de fidelidad. El rey respondió solo estas palabras lacónicas: *despues de la coronacion de la reina*. Bien presto se esplicó su intento. Dió órden para que todo el mundo se quitase el luto el dia siguiente por la mañana, que adornasen la catedral, y le presentasen todo para el acto de la *coronacion de la reina Ines*; todos obedecieron aterrorizados. El rey vestido con la mayor suntuosidad, se transfirió á la iglesia: su aire siniestro y feroz alteraba la hermosura de su rostro, y borraba en él la frescura de la juventud: era imposible mirarle sin estremecerse. Hizo abrir el féretro y esclamó con voz de trueno: Apartad: mi brazo vengador tiene solo el derecho de tocar los restos preciosos de la víctima inocente del crímen mas inaudito.... A estas palabras y blanco como el papel, se acercó, miró horrorizado el cuerpo inanimado envuelto en el sudario de la muerte, y vaciló un instante en quitar el velo fúnebre que cubria el rostro, antes perfeccion misma; y en el acto imágen verdadera de la muerte y de la nada.... Reanimó su espíritu repentinamente y esclamó transportado de furor: *quiero embriagarme con tu venganza*.,..: ar-

rancó el velo que cubria esta cabeza adorada, y en la que el rigor de la muerte, desfigurándola, no habia conservado mas que la melena que se desplegó y cayó sobre el pecho palpitante de su malogrado esposo..... El rey, fuera de sí, envolvió el cuerpo de Ines en un riquísimo manto de tisú de oro cubierto de pedrería, y le colocó en el trono. Entonces, desafiando á la muerte misma con la ilusion mas insensata, profanando la santidad del sitio, teatro de la escena, con imprecaciones horribles de venganza, y ultimamente orgulloso con el rango supremo y delirando, creyó dar vida á la nada, y colocó la corona real en la cabeza de aquel cuerpo yerto (1), jurando solemnemente que en aquel mismo acto declaraba guerra al rey de Castilla, si se negase á entregarle los asesinos de su esposa (2).

Poco tiempo despues el rey de Castilla entregó á Gonzalez y Coello (Pacheco tuvo tiempo de huir). Don Pedro deshonró su amor, su dolor y su reinado con venganzas atroces (3).

Este monarca verdaderamente desdichado,

(1) Histórico.
(2) Idem.
(3) Histórico.

de quien el amor y la felicidad hubieran podido hacer un grande hombre, será compadecido de todas las almas sensibles; porque su amor.....

FIN.



